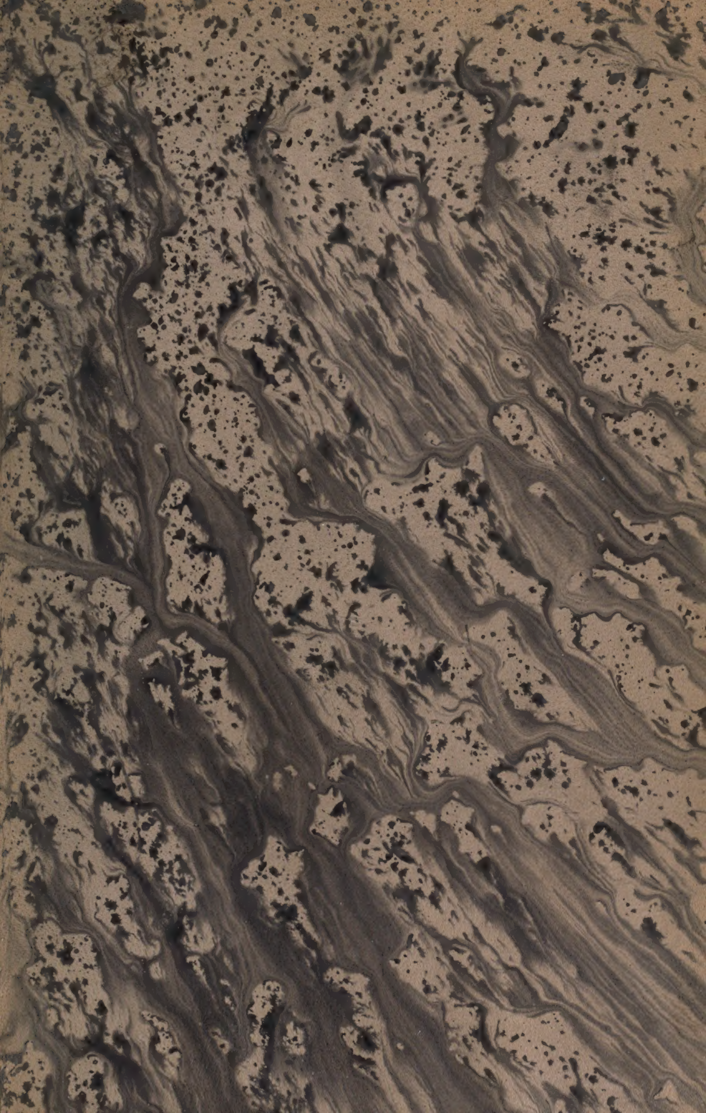
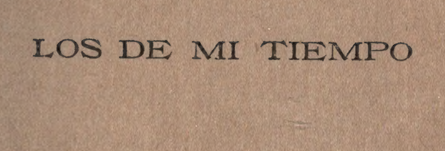








LOS DE MI TIEMPO

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I.—*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón*. *Milord*. (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas*. Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V.—*Impresiones de viaje.—La carta verde. La doncella práctica*. (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania.—El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VII.—*La señora del 13*. (Novela).—*Cuentos alegres*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo*. (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cavia. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios*. (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Terue* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres*.—(Apuntes de mi tiempo), 3 Pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas*. (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas*. (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos*. (Semblanzas varias. Primera serie). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá*. (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XV.—*Poesías festivas*.—*Chistes y anécdotas*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas*. (Crónicas—primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVII.—*Los de mi tiempo*. (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XVII

LOS DE MI TIEMPO

SEMBLANZAS VARIAS

(Segunda serie.)

Segunda edición.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.— Teléfono 791.



EUSEBIO BLASCO

DESDE que regresó de París, abandonando la redacción de *El Fígaro* para instalarse definitivamente en Madrid, raro es el día que los periódicos de gran circulación de la corte no publican algún nuevo trabajo de Blasco.

Su fecundidad es asombrosa y los hechos se encargan de evidenciarla: crónicas en *El Imparcial*, cuentos originalísimos en *El Liberal* y en la *Ilustración*, poesías en casi todos los periódicos literarios, correspondencias de España en *El Fígaro* y algún otro periódico extranjero, y contínuamente se le ve en la calle, en el teatro, en la cervecería, en todas partes y á todas horas del día y de la noche.

«Pero, ¿cuándo escribe este hombre?» nos preguntamos con curiosidad siempre que le vemos (cinco ó seis veces todos los días).

En Madrid habita en el hotel Inglés... A primera y última hora de la tarde suele hallársele siempre en

la cervecería de la Carrera, donde, como decía en un primoroso artículo publicado hace poco, toma su jarro de cerveza

«entre el marqués de Valdueza
y Manolito Navarro».

Por la noche hace vida de sociedad, ó asiste al banquete que celebra un personaje político, con la inmensa mayoría de los cuales le unen particulares relaciones de amistad; luego acude al teatro si un acontecimiento reclama su presencia, y por fin, á última hora, antes de retirarse al hotel..., otro ratito á la cervecería de la Carrera.

¿Cuándo escribe? ¡Misterio impenetrable!

Y es el caso que trabaja cuanto puede trabajar un hombre que tiene que vivir de lo que produce, y es preciso ser muy laborioso para vivir hoy de las letras en este afortunadísimo país.

No se limita Blasco solamente á escribir la crónica y el cuento que le reclaman diariamente los periódicos; al mismo tiempo prepara un tomo de poesías, y publica una novela, y planea una obra teatral para la temporada próxima, y todavía si llega un semanario de esos que se dedican á dar *sablazos* de original y se dirige al correcto escritor en demanda de un trabajito cualquiera para honrar con él las columnas del periódico, Eusebio Blasco, pródigo y generoso como nadie, le regala media docena de cuartillas.

Pero asusta pensar lo que Blasco hubiera producido durante los quince ó veinte años que ha permanecido en París, alejado de la patria y de sus antiguas relaciones y amistades.

Mientras ha estado en Francia ha escrito poco,

poquísimo en castellano, y durante su permanencia en el extranjero era muy raro encontrar una correspondencia suya en *La Epoca* ó *El Liberal*, únicos periódicos donde publicaba algo de tarde en tarde. (Ultimamente este diario era el objeto de las preferencias de Blasco, que solía colaborar en los números extrordinarios que publicaba).

Ni siquiera hizo nada para el teatro, á pesar de haberse anunciado en los carteles de inauguración de la Comedia obras nuevas de Blasco, promesas que jamás se cumplían, y después de haber conseguido grandes triunfos y éxitos fabulosos en la estena pareció que abandonaba el género por complero para dedicarse en cuerpo y alma á hacer literatuca en francés.

Bien es verdad que así es como únicamente se comprende que Blasco llegara á dominar ese idioma, manejándolo con la misma corrección y galanura que el castellano.

Y hasta tal punto al sentar sus reales en París quiso hacer abstención completa de España y los españoles, que habiendo sido gran aficionado á toros y publicado brillantísimas é inspiradas poesías elogiando la clásica fiesta nacional, olvidóse de todo, y escribió violentos artículos en *El Fígaro* condenando el bárbaro espectáculo, la salvaje diversión, como la calificó más de una vez, en francés, por supuesto...

Pero eso sí, al regresar á España, donde primeramente le ví fué en la Plaza de toros de Madrid, el día de la inauguración de la temporada, ocupando una barrerita del 10.

Refiérense de Blasco infinitas anécdotas, sucedidos en que el célebre autor ha tomado parte, frases graciosas, agudísimas. Son *donaires* llenos de ingenio, prodigios de improvisación, chistes deliciosos.

En una *soirée* que daba en su casa el eminente Martos, y hallándose en un corrillo Blasco y el dueño de la casa, preguntóle éste si tenía hora, y Blasco, dirigiéndose á los que allí se hallaban, exclamó en un momento de feliz inspiración:

—«¿Tiene usted hora?, me dice
mi amigo Martos...:.
—No, querido Cristino,
ni hora..... ¡ni cuartos!»

Otra vez, cuando al regresar de un viaje que el general Serrano, duque de la Torre, hizo á Andalucía, circulaba por la capital una anécdota en la que el ilustre político había sido protagonista. Blasco perpetuó el sucedido versificando con la facilidad increíble el caso al referirlo á sus compañeros de improviso y diciendo:

«Esto sucedió en Triana
entre una chula barbiana
y un general castellano:
—¡Vaya usted con Dios, Serrana!
—¡Vaya usted con Dios....., *Serrano!*»

En los salones, haciendo la vida de alta sociedad que Blasco tiene costumbre de *vivir*, ha prodigado su ingenio de un modo asombroso.

Hoy era el chiste á costa de un político, mañana el apólogo hecho á un viejo verde; otro día la frase mortificante que dirigía á una duquesa al presentarse en los salones cubriendo su escote provocativo y exagerado con calado velo transparante que proporcionaba á Blasco el *calembourg* ó la palabra de doble intención, y otra vez, en fin, era la petición de un favor á una gentil marquesa para que tu-

viera la bondad de enviarle el gabán á casa con su cochero, y al preguntarle la dama:

—¿Ahora mismo?

Respondía Blasco improvisando:

—«¡Por supuesto!»
—¿Quiere usted mandarlo ahora?
—Sí, pero el caso es, señora,
que..... ¡voy á llevarlo puesto!»

Y en cuantos asuntos intervenía hallaba la manera de aventurar una palabra picaresca, algo cómico que provocase la hilaridad del que le escuchaba.

Si durante una noche de calaveradas varios jóvenes literatos se ven en la precisión de pignorar el busto solemne de un monarca, que llevaron con majestad augusta y tarareándole la marcha real á una casa de préstamos para realizar un puñado de pesetas, Blasco, con su facilidad característica, pasado algún tiempo, refiere el hecho diciendo:

«Empeñaron este invierno
cierto busto dos poetas
y consta así en el cuaderno:
—¡Un rey!..... ¡Catorce pesetas!»

Y si en otras circunstancias dos amigos, alguno de ellos conocidísimo en las letras, se hacen mutuamente encargos y recomendaciones para buscar una fámula que necesitaba uno de ellos, Blasco, conocedor del caso, juega los apellidos con gracia inimitable, y dando intención á la frase relata el caso como sigue:

«Coello le escribió á Pello
mandándole una doncella
y Pello escribió á Coello
que se quedaba *coella*.»

La manía versificadora que, según él dice, padece y de la cual se burla diferentes veces, oblígale á poner en verso todo lo que le ocurre y todos cuantos sucedidos escucha. No es extraño, pues, que hallándose Blasco de temporada en el castillo de una conocidísima dama de nuestra aristocracia, y no encontrando un día de fiesta, á la hora de decir misa el cura en la capilla de la señorial mansión, un monaguillo que ayudase á consumar el santo sacrificio, como alguien propusiera á Blasco para el caso y éste aceptara con mil amores, al saberlo el canónigo se opusiera gritando asustado:

«¡No! ¡No! ¡Que es capaz de ayudar la misa en verso!.....»

Y efectivamente, cuando fueron á buscar al inspirado poeta halláronle muy atareado terminando unas seguidillas hilvanadas á todo vapor, que comenzaban con un *introito,* que si mal no recuerdo decía así:

«A sacristán me lleva
mi buena pasta,
si no resulto bueno
la intención basta.
¡Jesús que risa!
¡Un hombre de este vuelo
diciendo misa!»

«¡Quita de ahí....., hereje!,» gritaba el canónigo indignado al enterarse de los versos y del suceso.

Y Blasco se retiró á su habitación, donde mientras se celebraba la ceremonia componía un primoroso sermón en verso, que tampoco le consintió el canónigo que predicara desde el púlpito; documento feliz, como pocos ingenioso, lleno de gracia, pero

imposible de encontrar, porque D. Ramón María Narváez, que allí presente escuchó la lectura, entusiasmado pidió á Blasco que le regalara el original, á lo cual el inspirado poeta accedió inmediatamente.

Hace algunos años decía Blasco esto mismo respecto á lo que él llamaba su «monomanía de versificarlo todo,» y se lamentaba además de la infelicísima memoria que Dios le había dado, pues jamás podía acordarse de tres versos suyos.

De otro modo, si Blasco recordara todo cuanto ha escrito y perdido, de seguro se podría llenar un par de tomos de versos deliciosos y fáciles, como todo lo que produce este célebre poeta.

Y con pensamientos originales, con frases espontáneas, son innumerables las anécdotas y epígramas que de su pluma han salido; algunos de éstos se citan como modelos de versificación y cultura, pues para excitar la risa ó estimular el aplauso Blasco no necesita apelar á malas artes.

El siguiente epígrama es una prueba evidente de esta afirmación:

«Es tan estrecho el ajuar
del pobre de D. Donato,
que le dió un gato Gaspar,
¡y le cortó el rabo al gato
para que pudiera entrar!»

*
* *

A pesar de todas sus inconsecuencias, Blasco ha sido consecuente en una sola cosa.

Aragonés á marcha martillo, siéntese orgulloso de haber nacido en aquella heróica tierra, y en Ma-

drid y en París y en San Petersburgo habrá consentido que se diga de nosotros, los españoles, cuantas perrerías puédanse imaginar, pero ¡ay del que se atreva á ridiculizar á Aragón ó á poner en duda los milagros de la Virgen del Pilar!

Esto era lo que indignaba tanto á Moreno Nieto, cuando siendo muy joven Blasco acudía á las reuniones del Ateneo que aquel hombre presidía, y nuestro autor y ya conocido poeta, avanzado en ideas políticas y religiosas y discutidor incansable, mostrábase escéptico y descreído y únicamente guardaba tesoros de veneración y respeto para su santa patrona la milagrosa Virgen del Pilar de Zaragoza.

Y al escucharle Moreno Nieto salíase de sus casillas, no pudiendo comprender que tales distingos se hicieran tan en serio y discutiendo con tanto calor y apasionamiento.

Esta es la única consecuencia de Blasco.

Pero si es cierta la frase que reza que de sabios es cambiar de opinión, en este caso no cabe duda que el inspirado poeta es un hombre, no sabio, sapientísimo.

Ahora bien: lo cierto es que al regresar Blasco á España, como el hijo pródigo, vuelve en toda la plenitud de su maravilloso talento, y nadie como él es capaz de dar amenidad y atractivo al asunto más insignificante y trivial.

No puede dudarse que trae el secreto de la crónica fácil é intencionada, que seduce, y atrae, y regocija, y conmueve, según el motivo de que trate.

Claro está que después de tan larga ausencia de la patria, y habiéndose casi olvidado, ú olvidado del todo, de España y nuestras costumbres, no podía en manera alguna á las primeras de cambio acertar con el gusto de nuestro público, hoy muy

variado y completamente distinto del de hace algunos años, y por eso se explica perfectamente el fracaso de su comedia *Juan León*, que si como obra dramática fué una *caída*, como obra literaria, donde se retratan fiel y exactamente caracteres y pasiones, es una verdadera filigrana y un primor de ternura y delicada poesía.

Pero no fué valdía la lección ni vano el escarmiento, y ya en *El Angelus*, obra estrenada el pasado invierno, demostró Blasco ser el autor de siempre, maestro consumado en el difícil arte de hacer comedias, y correcto é inspirado escritor.

Si el *Juan León* por su estructura y forma, difíciles de entender, parecía y pareció una obra de costumbres españolas, escrita por un francés ilustrado, en cambio *El Angelus* ha merecido los elogios de todos por lo bien estudiados que están los tipos que intervienen en aquella fábula sencilla y conmovedora, tipos genuinamente españoles y arrancados á la realidad con acertado tino y conocimiento maravilloso del teatro.

En esta obra como en la inmensa mayoría de las que Blasco dió anteriormente á la escena, el autor consigue siempre lo que se propone, y conmueve ó excita la hilaridad del auditorio con facilidad increíble, pues la ductilidad de su ingenio pasa naturalmente, sin esfuerzos violentos ni rebuscamientos inaguantables, del chiste culto y felicísimo á la frase tierna y apasionada.

José Juan Cadena

(De la *Ilustración Artística* de Barcelona del 20 de Septiembre de 1897.)

AMIGOS DE HACE TREINTA AÑOS

Hace treinta años.....

Zorrilla vivía fraternalmente con Ramón Padró. El gran poeta conserva aún algo de aquella hermosa cabeza de los tiempos juveniles. Padró era muy joven, y su rostro era el del hombre inteligente, del artista lleno de entusiasmo y de ilusiones. Viendo su retrato de entonces, más parece músico que pintor.

Por aquella época vino á España Rossi. Los tres artistas se entendieron bien pronto. Rossi conquistó al público español. Era además gran idólatra de la libertad, de la *vita nuova*... Aún me parece que le veo, el día del triunfo de Alcolea por las tropas de Serrano, aquel famoso día en que las calles de Madrid, llenas de gente, anunciaban un momento de inmensa expansión. Tapizados todos los balcones y ventanas; músicas tocando el himno de Riego en todas direc-

ciones; armas y bailoteo en todos los barrios. La Junta revolucionaria en el gran balcón del *Principal*, hoy y entonces Ministerio de la Gobernación; banderas flotando al viento en mil balcones. Tamberlick, al frente de una masa enorme de gente, gritando: «¡Viva la libertad!» Mi humilde persona llevada y traída en andas por los cajistas de la imprenta de Moliner, y todos gritando: «*¡Viva Prim!*», que era el ídolo del momento; y en un coche abierto, viniendo de la Carrera de San Jerónimo á la Puerta del Sol, de pie en el coche, con una bandera en la mano izquierda y la mano derecha en alto, declamando estrofas en prosa improvisadas y revolucionarias, ¡Rossi! Rossi cantando á España y á sus libertades y á sus hombres; y el público gritaba: «¡Viva Tamberlick! ¡Viva Rossi! ¡Viva la libertad!» ¡Qué de vivas!

Que luego haya muerto y desaparecido todo aquello, no es para discutirlo aquí. Lo raro es que se conserven recuerdos que pueda apreciar el público de hoy, tan aficionado á *Memorias* y documentos humanos. En el álbum de la señora de Padró escribió Rossi lo que sigue, y á fe que el autógrafo ni lo poseen ni lo conocen los italianos que hoy andan recogiendo facsímiles de su gran trágico perdido. El actor célebre no puede dejar más que eso: unas cuantas líneas escritas, porque su gloria personal muere con él. Oradores, poetas, músicos, arquitectos, vi-

ven en sus obras; el actor no. Un pedazo de papel dura más que él. D. Juan Eugenio Hartzenbusch decía en cuatro versos inolvidables:

Hoja que llevas mi nombre,
Tú me sobrevivirás;
¿Qué es ¡ay! la vida del hombre
Cuando un papel dura más?

Modesto fué al decirlo, y estos versos parece que fueron escritos para los hombres del teatro.

Rossi escribió en aquel álbum:

«Non sempre chi stà di sopra può vantarsi d'avere una forza morale. La materiale pur troppo! sempre predomina. Accetto e con gratitudine il posto que il poeta ha ceduto all'artista per tratto di gentilezza, e non mi conserverò in esso ne per forza di orgoglio o brutale. Solo desidero che l'onore offertomi sia d'essempio a tutti i poeti e a tutti gli artisti, onde veggano quanti benefizi può trarre la letteratura teatrale de una simile fratellanza.»

Zorrilla había puesto antes debajo:

«Pongo mi firma al fin de esta hoja para obligar al famoso trágico Rossi á poner la suya sobre la mía.»

¡Qué época aquella! Escribió Zorrilla sus lamentos mozárabes, y el autógrafo, que Padró

posee, es interesantísimo. Lo copiamos á continuación:

¡GRANADA MÍA!

LAMENTO MOZÁRABE, RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO,

POR

D. JOSÉ ZORRILLA

TRENO I.

Hija del sol, Granada, fanal del paraíso,
De las hurís espejo, de su cintura chal;
El cual Alah en el cielo con dos luceros quiso
Prender, porque sombreara sus puertas de coral:
Joyero de ámbar y oro del kiosco nazarita,
De perlas criadero, de esencias manantial;
Como la Meca santa, como Salem bendita,
Katifa de la gloria tendida en el umbral:
Sultana, que oro pisas
En polvo entre tus flores,
Ante quien van las brisas
Abanicando olores,
Y á quien de amor sonrisas
Envía en sus albores
El ángel que trae trémula
La luz matutinal.....
¿Qué ha pasado en mi ausencia para que llores?
Tus ojos están mustios y sin destellos:
Flotan tus vestiduras sin ceñidores,
Y sueltos por tus hombros caen tus cabellos.

Sultana mía,
¿Quién dejó tus mejillas tan sin colores?
¿Quién ahogó los cantares de tu alegría?
¿Por qué pálida tiemblas con los temblores
De una agonía?
¿Por qué cuando á tí vuelvo, redil de amores,
No hay en tus miradores sin celosía
Jaulas con pajarillos, tiestos con flores
Y muchachas de alegre fisonomía?
¿Qué ha pasado en mi ausencia? dí y no me azores
Escondiendo tus ojos al sol del día;
Dime, ¿qué te ha pasado para que llores,
Granada mía?

Esta es la muestra: los trenos son cinco, y la gradación ha salido en *crescendo*, por fortuna y casualidad.

Tengo dos proposiciones: una para imprimir en un cuaderno de ocho páginas tres mil ejemplares, para venderlos á 2 reales en teatros, bailes, casinos, ateneos, etc., dándome 1.500 reales á la mano, y 500 si llega la venta á dos mil, y 500 si se venden todos.

Otra para imprimírmelo á pagar en ejemplares, dejándome la venta libre.

El evitarme cuentas y tiempo para el trabajo me hará preferir la venta de una edición; reservándome, por supuesto, el derecho de colección y el de hacer ó enajenar otra si la primera se agota.

El borrador y mi autógrafo se rifarán para las víctimas de Granada, y el 50 por 100 de lo que yo gane con la poesía: no lo doy todo, porque soy pobre y tengo que vivir con el trabajo.

No deje usted copiar este primer treno; y son las

diez: el correo pasa á las once; y suyo con un abrazo á Juno y besos á los diablejos,—Zorrilla.—Sábado.

De aquellos tres artistas, sólo queda Padró para conservar tan sagrados recuerdos, y el modesto autor de estas líneas para ser cronista de lo que entonces sucedía entre poetas y artistas jóvenes. El lector verá cómo éramos todos entonces; y si Padró es aún joven de aspecto, lo que es yo ¡ay! sonrío como sonreirá el lector al ver la *vera efigies* atrasada de este vejestorio de las letras, más viejo por las fatigas del trabajo que por los años que tiene.

1898.

Emilio Castelar.

La Academia de la Lengua celebrará hoy una de esas solemnidades que anuncian al mundo de las letras la consagración de un escritor. Acto que á mí se me figura parecido al de profesar en una religión, porque es indudable que el académico, á quien su nuevo nombre obliga, se retira, ó pretende aparentarlo, del desordenado mundo de la literatura, libre y sin obligaciones. No se puede ser incorrecto, ni descuidado, ni frívolo, ni otras cosas que parecen bien en el poeta espontáneo é independiente, teniendo el carácter de padre de la lengua y legislador del idioma. Hay algo de magistratura en esta honrosa distinción que tanta respetabilidad imprime y que tanta inspiración achica. Pero por lo mismo que el ingreso en la corporación significa el tercer entorchado en la mili-

cia de las letras, es ansiado por muchos, logrado por pocos y respetado por todos.

No se dirá esta vez, como tantas otras, que la política ha sido mérito principal del académico que va á leer su discurso sobre la poesía en el siglo presente, ni que ha llegado á tan alto honor por reaccionarias ideas. La Academia abre hoy sus brazos á un hombre universalmente celebrado como orador, como publicista, como hablista de primer orden; y es oportuna ocasión de ocupar la atención del público con unos ligeros apuntes sobre el personaje literario de quien hoy hablan todos los amantes de las letras, siquiera estén hechos al correr de la pluma y sólo por rendir culto á la amistad y tributo de admiración al genio.

La elocuencia que arrebata; la frase que conmueve; la voz que fascina; la poesía que seduce; el alma de un titán en el débil cuerpo de un hombre. He aquí á Castelar. Así se expresa uno de sus biógrafos.

Y con todas estas condiciones ha tardado en llegar á la Academia mucho más que otros á quienes la opinión no reconoce tantos títulos.

Él, por su parte, ha correspondido tardando nueve años en tomar posesión, haciéndose esperar este cuarto de hora.

I

Una biografía de Emilio Castelar no sería una novedad. ¡Se han escrito tantas! Nuestro gran orador ha sido *biografiado* y retratado millares de veces. No hay periódico ilustrado de España ó del extranjero que haya dejado de rendir homenaje al orador sin rival y al hombre de Estado eminente. No en balde es una reputación europea.

Por otra parte, estas páginas han de diferenciarse de las de otros días en el carácter de intimidad que pretendo imprimirles. Es éste un trabajo, no de biógrafo, sino de amigo indiscreto. No suelo hablar sino de aquellos contemporáneos con quienes trato, y cuya vida íntima interesa á todos, porque en los que han salvado la valla de lo vulgar todo es objeto de curiosidad, de estudio ó de ejemplo. Así, pues, será ésta una conversación sobre Castelar, en la que no habrá las invenciones con que suelen desfigurar á los personajes modernos los corresponsales franceses, siempre afanosos de dar noticias de sensación á sus lectores.

Será una historia de familia, de las que un padre puede contar á sus hijos con el noble objeto de que, al par que se instruyan, tomen ejemplo de un hombre en cuya vida no hay nada que no sea estímulo á la gloria.

II

Yo he vivido en Cádiz, en la misma plaza donde aún subsiste la casa donde nació Emilio Castelar.

Dice el proverbio francés: *Tal pájaro, tal nido.* Ignoro cómo sería en 1831 la casa aquella; pero al verla hoy blanca, limpia, con esa blancura especial de todas las casas andaluzas, viene á la mente el recuerdo del hombre de quien me ocupo, en su persona pulcro, en su aspecto risueño, en su conversación constantemente atractivo. Y forjando relaciones misteriosas entre los hechos y las cosas, parece como que encuentra uno lógico que quien haya nacido en aquella población *sui generis*, al ser dotado por la naturaleza de facultades extraordinarias y de una precocidad excepcional, soñara en los primeros años de la vida con la realización de grandes ideales. Porque Cádiz, que para el viajero vulgar es triste, monótono, desanimado y melancólico, no podía menos de ser para el más ilustre de sus hijos de este siglo, el santuario de las grandes concepciones.

Yo me figuro á Castelar niño, asomado á las altas ventanas de la Torre de Tavira, contemplando á sus pies aquella ciudad santa, baluarte de España, cuna de la libertad, asiento un tiempo de la gran riqueza del mundo; viendo desde

allí las playas de Rota, el puerto de Santa María, los picos de Ronda, el monte de San Cristobal; Puerto Real, la Carraca, San Fernando, Chiclana; allá, á lo lejos, sobre la montaña, Medina Sidonia, y más allá el inmenso mar, entre cuyas últimas olas quieren adivinar los ojos Gibraltar, ávidos de contemplar lo que es suyo. Me lo figuro extendiendo el vuelo de la fantasía juvenil á países lejanos y arrojando con el pensamiento en ellos semillas de ideas que han de fructificar con los años; porque desde allí el gran tráfico ha sido y puede ser de las ideas como de los cargamentos, con el Portugal, la Inglaterra, la Holanda, las costas de Francia y el Norte de la Alemania; y de otra parte con África, Italia, Levante, las Américas todas. Desde aquella torre se pueden imaginar grandes cosas, y Castelar á los diez años hacía ya discursos.

Se sabe que Mozart era concertista á la edad en que los niños apenas saben leer y escribir con soltura. Miguel Angel era superior á sus maestros á los quince años. Beethoveen escribió cuartetos á los trece. Nuestro gran Lope dictaba en la escuela correctos versos suyos á los demás muchachos que aprendían con él las primeras letras.

Castelar pertenece á esa raza de séres excepcionales á quienes la humanidad debe su cultura gradual y su progreso, porque los hombres

de esta madera son á manera de guías en la vida intelectual y política de su patria.

Castelar era la joven democracia el año 54, saludada por González Brabo en aquella célebre noche del teatro Real.

Pero no he de hablar hoy del hombre político, sino del artista. No he de ocuparme del político ideal, sino del poeta en prosa.

Castelar es hoy, 25 de Abril, el hombre del día, no por un nuevo acto político, sino por un discurso académico.

III

Si fuera ocasión de hablar de Castelar como hombre de Estado, podría hacerse un paralelo entre Cánovas y él, porque ambos representan lo conservador dentro de sus respectivas opiniones. Cánovas es el orden dentro de la monarquía (pues las ha habido y habrá desordenadas y tumultuosas). Castelar el orden dentro de la república (pues las ha habido y habrá ordenadas y exentas de populachería). Cánovas es el representante de lo tradicional, Castelar el representante de lo venidero.

Pero sin querer estoy hablando de lo que me he propuesto eludir, y estos apuntes van toman-

do un carácter que desmiente el epígrafe de esta plana (1).

IV

Bremón me decía una tarde, hablando del culto católico:

—¡Yo no sé qué daría por oir un sermón pronunciado por Castelar en la catedral de Toledo!

Parece esto una ocurrencia familiar, y es casi la mitad de la biografía del académico nuevo.

Castelar, aunque parezca raro á sus amigos de ayer, y excesivo á sus amigos de hoy, es en su vida interior, como otros muchos, un cristiano viejo con todo el idealismo de un poeta moderno. Se necesita haberle visto dentro de su casa, empeñado en solemnizar á la manera del vulgo todas las festividades de la Iglesia católica, para convencerse de que en Castelar ha habido siempre dos hombres, el de la multitud y el de la familia. Para la multitud necesitaba ser más despreocupado. Y, sin embargo, evitó el aplauso que en tiempos revolucionarios ha obtenido siempre la impiedad erigida en sistema; Suñer buscó la popularidad en el ateismo, y

(1) Publicóse este trabajo en las *Entrepáginas* del periódico *El Liberal*, tituladas además *Paréntesis de la política*.

Castelar, con el poderoso imán de su palabra, atrajo en torno de su elocuencia todas la opiniones, escudado en una fórmula, en un sistema que la práctica hizo imposible. Tal vez desapareció ante la multitud el soñador, pero quedó el artista.

¿Será sentimiento artístico, idealismo religioso, lo que en Castelar hay de Cristiano? Poco importa para su gloria. Empezó su vida pública escribiendo *La Hermana de la Caridad;* hizo su reputación analizando los *Cinco primeros siglos del cristianismo*, y cuando ya lo había sido todo, escribía, desterrado en París, sus *Recuerdos de Italia*, donde lo más hermoso es aquello en que pinta y admira cuanto hay en Roma de cristiano. Hay en esto el indeleble sello impreso en una imaginación ardiente por el amor y el talento de una madre.

V

Su madre, según opinión de los contemporáneas, era una mujer excepcional.

Uno de los mil biógrafos de Castelar ha dicho:

«A las dulces sonrisas de su niñez vinieron á mezclarse tempranas lágrimas. Su padre, honradísimo empleado de modesto sueldo, murió pobre, dejando al niño por herencia su nombre

sin mancha y un tesoro inapreciable: una bondadosa madre. Castelar fué guiado en su niñez y en sus primeros estudios por aquella excelente señora, que vertió en el corazón de su hijo toda la dulzura de su alma. ¿Cómo extrañar las dulces aspiraciones de Castelar y la poesía de que está impregnada su alma? ¿Cómo extrañar su horror á la sangre y su evangélica dulzura, si la mano de una mujer ha guiado sus primeros vacilantes pasos?

Estu iad bien los discursos de Castelar; en todos ellos hallaréis un destello de la purísima inspiración de una madre cariñosa. Leed sus obras, y en todas veréis las dulces huellas de los consejos de una mujer.

VI

Fué su madre, en efecto, quien adivinó la verdadera vocación del hijo. Mujer de extraordinario talento, facilitó al futuro orador lecturas y ejemplos que infundieron en su ánimo el deseo de la gloria. Plutarco le era familiar á la edad en que los niños juegan. Cuando á los veinte años vino á Madrid á la Escuela Normal de Filosofía, ya su verbosidad, su carácter comunicativo y afable, su estilo poético, aún en la conversación familiar, le habían pues-

to en condiciones de ser entre sus compañeros el amigo de todos y el futuro jefe.

Para fortuna suya, llegó el mes de Septiembre del año 54, y su reputación se hizo en una hora.

VII

Conocí á Castelar en la redacción de *La Discusión*. Era en Octubre del 61, y formaban aquella Redacción famosa una docena de hombres, de los cuales ya no viven más que cuatro ó seis. Era aquel un periódico impuesto á la opinión por la fuerza de sus doctrinas y de su estilo. Rivero hacía un artículo de fondo por semana, que se anunciaba con dos ó tres días de anticipación, como acontecimiento magno. Pí y Margall, Carrascón, Gómez Marín, Romero Girón, Mora, Nougués, y otros varios no menos importantes periodistas, hacían los restantes. Roberto Robert reseñaba las sesiones de Cortes con aquel aticismo inimitable que hizo célebre su pluma volteriana. Luis Rivera escribía la gacetilla; Fernández y González, la novela del folletín... Castelar lo hacía todo á un tiempo, porque su pluma, que vuela, va sembrando en caracteres enormes, líneas anchas y torcidas, que no llegan á seis en cada cuartilla, de modo que en media hora de trabajo, el montón de pa-

peles parece á la vista original suficiente para un libro voluminoso... Escribe con la misma facilidad y soltura con que habla, y los conceptos poéticos, brotan de su mente con asombrosa rapidez en forma correcta y primorosa.

Se pondera la facilidad y fecundidad de muchos novelistas y autores dramáticos, y no se repara en que si Castelar hubiera escrito para el teatro, en vez de hacer discursos, libros ó artículos, bien puede asegurarse que habría escrito tantas comedias como Lope.

VIII

Pero, lo repito porque conviene á mis ligeras observaciones de hoy, es artista ante todo. La casa de Bailly-Baillière ha traído á España más libros de crítica y de literatura para él que para cualquier sociedad ó ateneo. Sigue desde que nació á la vida pública el movimiento artístico y literario europeo con afanosa actividad, y todas las literaturas le son familiares y todos los artistas conocidos. En su primer viaje á París intimó con todos los hombres eminentes de nuestro tiempo. Pasó á Italia y fué un compañero entre los grandes artistas contemporáneos. El amigo que quiso servirle de *cicerone* en Roma se quedó confundido al ver que el viajero espa-

ñol le iba explicando á él por adelantado monumentos, lugares, cuadros y estátuas. Músico de corazón, os conmoverían tanto como una ópera de Bellini los comentarios que le oyérais á Castelar en el fondo de un palco.

Se le tacha de aristócrata en sus gustos, y es que hay naturalezas que son refractarias á lo vulgar. Se puede ser demagogo y tener muy delicadas aficiones. Se puede ser el ídolo popular, y sentir como gran señor. Donde hay muchos aristócratas con aficiones de *toreros*, nada tiene de extraño que haya demócratas que sientan en *grandes*.

IX

La experiencia, enemiga del sentimiento, y la práctica, consejera de la necesidad, cambiaron, sin duda, los ideales de Castelar; y después de todo, para confesarlo se necesita un gran valor, porque no se prescinde de la popularidad ciega en aras de la patria salud sin un gran esfuerzo de voluntad, que tiene todos los caracteres del sacrificio.

Practicar lo posible donde se había hecho imposible todo, era proclamar el reinado de la sensatez; y arrostrar las iras de millares de amigos en bien de la tranquilidad común, significaba, sin duda alguna, un gran deseo de im-

poner la cordura por la fuerza, ya que no fuese posible de otro modo.

No le resultó; calló el hombre de Estado y quedó el literato, cuyos libros se agotan, se traducen y se esperan con impaciencia siempre. Todas las prensas de Europa han impreso el nombre de este ilustre español y sus inimitables frases. Es nuestra gloria nacional; y para que lo sea, basta oírselo, antes que á nadie, á los extranjeros.

X

El orador, el novelista, el crítico, el polemista, el hombre de Estado, es bien conocido. En estos ligeros apuntes no he de tratarle sino en intimidad, y bajo este punto de vista pudiera dar muchos detalles de su carácter especialísimo.

Hombre de actividad intelectual extraordinaria, infatigable en las luchas de la inteligencia, afabilísimo en el trato social, no le ha quedado nunca tiempo para ocuparse de las necesidades materiales de la vida. Su trabajo le produce para vivir holgadamente, y sin embargo, nunca le ha sobrado dinero. De un pretendiente al trono español se contaba que nunca llevaba dinero encima, ni se ocupaba de gasto alguno, como si sus vasallos se lo debieran todo. De Castelar

puede decirse que nunca supo el valor del dinero como necesidad del día de mañana, porque éste le parece el último de los asuntos. Y á este propósito recuerdo un suceso que forma época en la existencia doméstica de Castelar y que da clara idea de su manera de ser en lo que pudiéramos llamar práctica de la vida.

Castelar es distraidísimo. Cuando habla, sus manos recorren los objetos más cercanos, y ya sea libro, pluma, papel, lápiz, cualquier cosa, lo que más cerca vea, ha de cogerlo y accionar con ello. Estrujar un papel, arrollar una tarjeta, tronchar una pluma, son ocupaciones constantes de aquellos dedos inquietos, que independientemente de la voluntad juguetean con lo primero que se les pone delante...

Y era una de aquellas épocas en que Castelar no conocía al rey por la moneda, y en que dentro de su casa se esperaba como el Mesías una carta de América, dentro de la cual había de llegar dinero.....

Nuestro orador, sentado delante de la chimenea, discutía con un amigo sobre la libertad y la democracia. Una persona de su familia entró con un paquete de cartas. Castelar las abre á la vez que habla, y la persona aquella ve salir de un sobre un papel largo y estrecho, que es indudablemente una letra. «Ya está aquí eso», dice el orador enseñando la letra, y continúa hablando. La persona mensajera de la buena

nueva se retira á dar la noticia por adentro... y Castelar, en tanto, se entusiasma hablando de sus ideales, y conforme su voz se exalta, las manos van haciendo una bola de papel, que pasa de una mano á otra cuarenta veces, hasta que al terminar una frase enérgica y llena de poesía, ¡paf! la bola, despedida en un instante de inspiración, va á parar á la chimenea.

Media hora después la familia se entera de que se han quemado quinientos duros y que hay que esperar dos meses para que la segunda letra venga á remediar lo hecho.

De estas anécdotas hay en la vida de Castelar un tomo.

XI

Su entrada en la Academia es acaso la solemnidad más sinceramente celebrada de cuantas el país ha presenciado en honor del publicista y del hombre público.

Es un tributo rendido al hablista, al poeta. Al que ha llamado una generación rey de la palabra le correspondía de derecho la entrada en el templo del idioma.

Su discurso le ha ocupado mucho tiempo, no por dificultad, sino por temor. Con una reputación indiscutible, Castelar ha considerado el acto de hoy como transcedentalísimo, y ha puesto su alma entera en este primoroso trabajo.

La tradición exige que lo lea. Es acaso la primera vez que Castelar va á leer, ó por lo menos, á hablar con un papel en la mano.

El asunto es hermoso; el estilo, como suyo. El éxito se puede asegurar que será inmenso. Las invitaciones se han solicitado como nunca.

Si estuviéramos en París, ayer se hubieran vendido por miles de francos. Estamos en España, y se han exigido á mano armada. Anoche se decía que en el portal de la casa del académico naciente hubo ayer un admirador que exigió una invitación con un revolver.

Esta tarde y mañana, la prensa, sin distinción de opiniones, hará justicia al orador sin rival y al hablista inimitable.

Nosotros dejamos la pluma del periodista para ir á ocupar con tiempo el sitio del espectador, no sin saludar antes al español ilustre, de quien la patria debe estar orgullosa.

Abril de 1880.

José Luis.

Pero, señor, Dios mío, ¿es posible que en un círculo tan chico, como en el que vivimos todos, y conociéndonos tantos años, no nos conozcamos?

A este José Luis Albareda, mi amigo de mi alma, le han dicho ayer y yo no sé cuantos periódicos, que era un hombre de origen humilde y pobre y modesto.

No hay semejante cosa. Su padre era un hombre rico del puerto de Santa María, ganadero, labrador en grande, y le dió á su hijo educación de señorito y á Madrid vino José Luis á estudiar sexto año de leyes y aquí, con aquella labia y aquella presencia de real mozo, y aquel saber lo mismo hacer un discurso que acosar un toro, andaluz puro, muy resalado y muy valiente, y *muy tóo*, como decía el padre, se quedó

con la población, y con los hombres y con las mujeres.

Que se diga que era de familia liberal y demócrata de corazón, á pesar de sus elegancias y de sus relaciones, bueno está. Por demócrata cambió la manera de ser del partido moderado y de la *Unión liberal*, aquel periódico que fundó mientras los demás escribíamos *La Discusión*, haciendo del *Contemporáneo* un diario á la vez aristocrático y popular, que llegó á estar de acuerdo con nosotros todos para hacer aquella revolución de cuyos restos se vive todavía. Y á la vez que periodista y hombre tan sincero, tan caballero y *tan cabal*, como dicen en su tierra, que puede decirse de él para honra suya que ha muerto sin enemigos. Toda una generación le ha visto con sus hombros altos, sus patillas toreras, sus levitas apretadas y los guantes de color de perla, fumando su cigarro; el primero en los toros, el primero en la ópera, el primero en la Cámara y el último en el Veloz. Gastando lo que ganaba con rumbo, como el que aprendió el rumbo de Salamanca, y haciendo todo el bien que podía. Refractario á los negocios feos, y á las trapacerías que hacen otros cuando mandan. Cada vez que le hicieron ministro le cogió sin una peseta, y cuando le nombraron embajador tuvo que pedirle á un amigo dos mil duros prestados para no llegar á París en blanco, lo cual no impidió en aquel viaje, que

lo hicimos juntos, mi José Luis llevara el vagón lleno de aceitunas *aliñás*, pescado de la tierra y un vino de Montilla que hervía más que el vapor, y José Luis decía:

—«Lo que es los dos mil duros, antes de llegar á Francia, nos los hemos bebío!»

Qué gran corazón, que sinceridad tan hermosa!

Y entre broma y broma, como quien no hace nada, *golpes* de hombre político de primera fuerza. ¿Pues no fuí yo el que hizo publicar en el *Temps*, á ruego suyo, apenas llegado á París, aquel famoso suelto de tres líneas? «El nuevo embajador de España en París, es monárquico en España y republicano en Francia.» Toda su política futura estaba en aquel sueltecillo que tanto ruido hizo, y con el cual pudo ser un embajador queridísimo y resolver muchas cosas.

Sus conquistas de buen mozo, desde que era estudiante hasta hace poco, no fueron nunca aventuras de las que dejan remordimientos. No engañó nunca á nadie, y con ser del Puerto, á veces decía que era más aragonés que yo. No les pesó á mis paisanos que les representara.

Y todo ello alternando con los deberes de político y la costumbre de gran señor y las cosillas de la tierra, y siempre al *diquindoy*, por allá abajo.

La amistad que nos había unido en España se fortaleció en París, donde José Luis fué em-

bajador tan extraordinario, que ha dejado memoria. Con su francés pronunciado á la andaluza, y su franqueza nada diplomática, llegó á ser un hombre aparte, una cosa rara; porque desde querer recibir una mañana al nuncio de Su Santidad en el traje más ligero posible, hasta imponer las criadillas en las comidas diplomáticas, sin que nadie supiera aquello, de todo hubo. ¡Y á este hombre me le han vestido á la hora de la muerte de franciscano!

Con Albareda desaparece, no ya una generación, sino una sociedad. Aquella en que eran figuras principales los Salamancas, Prím, la Condesa de Montijo, los Alba, los Fernán Núñez, Romea, Cúchares, El Tato, Tamberlik, Eugenia de Guzmán, la baronesa de Ortega, María Buschental, la reina Isabel, Ramón Correa, Iradier, la Ramírez, y el *Labi.* Todo eso ha desaparecido, se acaba ya, no quedan en pie más que los retratos de Don Federico, el mudo Perea, y el calañés del Regatero.

Pero queda algo más: queda el recuerdo de una época brillante, de un Madrid rico, elegante, felíz, sin conventos y sin teatros por horas.

Albareda era acaso el último representante de aquellas grandezas y de aquellas cosas tan españolas; más valiera haberle amortajado con una bandera nacional y poner en su tumba, ni más ni menos, que *José Luis,* porque con estos

nombres le conoció su tiempo, y su tiempo no olvida.

Cosas de Albareda.

Si yo fuese á contar todas la frases, hechos, actos y palabras de mi inolvidable amigo Albareda, llenaría el periódico. Por que era tan ocurrente, y, como dicen en Granada, tan resalao y tan ágil, que la mitad de su carrera la hizo con la gracia.

Tipo españolísimo, andalúz puro, que no perdió nunca el deje de su tierra ni aquel ceceo con el que hablaba su lengua y las extranjeras. En francés y en inglés se entendió bien con la gente, pero hablaba el inglés en estilo del Puerto. Lamartine decía que se puede perder la nacionalidad y aun el amor de la patria, pero el acento patrio se conserva toda la vida. Con acento alemán cantó siempre la Kraus en varios idiomas, y con acento español cantó en francés Gayarre. Va para cuarenta años que salí yo de mi pueblo, y todavía hablo en baturro.

Albareda era ocurrente en la conversación, y lo que se le ocurría había de decírselo, del rey abajo, á todos. Todo el mundo sabe que á D. Alfonso XII le dijo cosas á que nadie se hubiera atrevido á decirle, pero que al rey le hi-

cieron mucha gracia y las perdonó de buen grado.

—Albareda, — le dijo una vez que mi amigo era ministro,—¿es verdad que usted ha hecho diputado á Fulano?

—Ez verdá, zeñor.

—¿Y cómo ha hecho usted venir á las Cortes á un hombre tan bruto?

—Zeñó, ¡porque ez menezter que haya de *tóo!*

El rey le tomó gran afecto, porque los reyes, mal acostumbrados y hartos de no oir en derredor más que adulaciones y mentiras, suelen tomar afección por el que es sincero. En cierta ocasión había un gran almuerzo en el Pardo, y el rey ofreció á sus comensales un vino producto de la finca real, encerrado en botellas con etiquetas preciosas y coronas y papel dorado. Todo el mundo lo celebra mucho: el duque de Tal, el embajador Cual, la dama ésta, la ministra aquélla.....

—Vaya, pruebe usted mi vino, Albareda, y deme su opinión.

Y Albareda, después de paladearlo, y con gran acento de respeto:

—¡Zeñor, malos los he bebido en mi vida, pero como éste ninguno!

Al día siguiente le envió el soberano una caja de botellas de Jerez magnífico.

¿Pues y aquel día en que se hablaba de Cum-

berlang, aquel famoso adivino que estuvo en Madrid y al cual no se le resistía nada? Se le ocultaban los objetos en sitios imposibles, y los descubría infaliblemente. Una aguja clavada en un arbol del Retiro la encontraba enseguida. Era célebre en Europa, y en Madrid obtuvo gran éxito.

—Es asombroso,—dijo un día el rey hablancon varios personajes, entre los cuales figuraba Albareda.

—Puez en mi tierra,—dijo éste,—había un ciego cuando yo era muchacho, más listo que este inglés.

—¿Y qué hacía?

—Entraba en una cuadra, y con sólo tentar los caballos adivinaba cómo eran. Los tocaba uno por uno y decía: «Ezte es bayo; ezte es pío; ezte es alazán.....»

—¿Y acertaba siempre?—preguntó el rey.

—¡Ni por cazualiá!

Alfonso XII rió de tan buena gana, que le declaró el hombre más gracioso de su corte.

Ministro era de Fomento cuando se le presentó una comisión de cierta capital de provincia, presidida por el alcalde, un señor muy venerable y muy *latero*, como ahora dicen, que le hizo un discurso de hora y media para explicarle lo que la capital deseaba. ¡Hora y media! Albareda no sabía ya adónde mirar ni cómo permanecer con los ojos abiertos. *Por fin* acabó el buen

señor, y el ministro, después de una gran pausa, le dijo:

—Y digazté, zeñor alcalde, por allá ¿cómo andamos de mujerío?

Demócrata de sangre, á pesar de venir de familia rica y de ser el elegante que todos hemos conocido, á veces y como distraído ó genial hacía cosas tremendas.

—Ahí está el duque de Montpensier,—le dijo en París su secretario una mañana.

Albareda, que estaba en camisa, dijo muy tranquilo:

—¡Que pase!

—¡Pero José Luis!—exclamé yo.

—En haciéndome observaciones, recibo en cueros. Monárquico en España y republicano en Francia,—repitió. ¿No has leído en Galdós aquella memorable página en que Fernando VII recibe al embajador francés medio desnudo? Pues cada uno á su vez... ¡Buenos días señor duque!

Y el duque, que tampoco se asustaba de nada:

—¡Hola! ¿está usted de media gala?

¡Qué temporada aquélla de París! A las nueve de la mañana solía yo ir á verle y á darle consejos para su salud, porque despreciaba la muerte más que los héroes de las guerras. Enfermo grave, comía y bebía de todo, salía con buen tiempo y con malo, se reía de la Medicina,

y con buen humor constante desafiaba el peligro. Olvidando sus chistes se complacía en recordar los de los demás, y por eso siempre que recibía letras de España, antes de cobrarlas decía:

—Mirar á ver si están en su juicio.

Y fué que una vez nuestro amigo Carreño, hombre gracioso como pocos, tenía que hacer un pago y prometió hacerlo al día siguiente con el importe de una letra que esperaba. Y la letra llegó y Carreño le dijo á Albareda:

—¡Estoy contrariadísimo, porque iba á pagar con esto (y sacó la letra del bolsillo) y resulta que me han enviado una letra loca!

—¿Cómo loca?

—Sí, señor; he ido á cobrarla, y me dicen *que le falta el conocimiento!*

En aquellas mañanas intimas, Albareda y yo discutíamos sobre presente y porvenir, y yo decía:

—Un día se acordará el pueblo de Madrid de quién es, y os va á echar á todos por la ventana.

—¡Pero hombre,—exclamaba José Luis,—si el pueblo de Madrid está jubilado!

—¿Qué es eso de jubilado?

—El pueblo hizo proezas, se batió en las calles, hizo la Revolución, todo. Y luego... pidió el Retiro. El duque de Fernán Núñez se lo dió,

y allí acabó la juelga. ¡Es un pueblo retrasao, no hay más que acordarse!

¡Profunda observación! Es verdad. ¡Hace años que todos pedimos el retiro!

Noviembre, 1897.

El Marqués de Bogaraya.

POBRE amigo!

Treinta años de constante afección, que no turbaron jamás ni ausencias, ni diferencias políticas, ni desacuerdos literarios, que acababan siempre por amables reconciliaciones, los ha liquidado la muerte, supremo juez que dicta sentencias tan inapelables como inesperadas. Le conocí en la casa-palacio del marqués de Santiago, allá por los años en que yo era novio de la que hoy es mi santa mujer. De todas aquellas relaciones adquiridas en el noviazgo y que habían de convertirse en medias parentelas, *Gonzalo Bogaraya*, que así se le llamaba en el gran mundo y se le ha llamado hasta su muerte, sin duda porque era siempre joven, fué mi mejor amigo.

Nacido en París, en tiempos de la emigración de su padre, cuando había liberales de veras,

que, como dicen los franceses, *pagaban con sus personas*, Gonzalo Saavedra parecía haber adquirido en la cuna gustos modernos, gustos literarios; sin perder nada de su condición de caballero á la antigua.

Todos los Rivas, hombres y mujeres, son más ó menos literatos, personas de refinado gusto, artistas en el alma. Todos han sentido y sienten como poetas, y parece como que se complacen en haber heredado, antes que la nobleza, la condición de hombres de letras. En los varios domicilios de todos los herederos del autor inmortal del *Don Alvaro*, el gran lujo son las armas, los libros, los cuadros. En torno de ellos se respira un ambiente de buen gusto exquisito, y junto á la nobleza frívola, entregada al *sport*, á la tauromaquia ó á la política del campanario, los Rivas son, antes que nada, artistas, viven para el estudio y todo el mundo les quiere.

Gonzalo fué militar, diputado, maestrante, gran cruz, todo lo que se quiera, pero se le consideraba como amigo íntimo en todas partes, por su amor de las artes y de las letras. Desde joven tuvo aficiones de trabajador. En sus ratos de ocio, trabajaba de ebanista, como ahora el célebre conde Tolstoi, literato universal, se complace en hacer zapatos. En muchas casas grandes de Madrid hay preciosos muebles hechos por el grande de España. Músico excelente, tocaba la flauta como un profesor. No com-

prendía la vida sin hacer algo últil, algo artístico. Amante de su país, se lanzó como su padre, á la política, y en los cargos que desempeñó fué muy honrado y muy caballero. Gobernador de Madrid, tuvo que salir de frente á combatir uno de esos motines de las terribles cigarreras, más temibles que todos los hombres juntos, y lo dominó á cambio de heridas. Los tiempos habían cambiado; *con once heridas mortales* cayó su ilustre padre bajo los caballos de los franceses; el hijo, que no alcanzó tiempos de luchas de independencia nacional, hubo de pelear contra las hijas de Madrid, más invasoras que los peores enemigos.

Carácter dulce y bondadoso, amigo fiel de sus amigos, gran caballista en sus juventudes, guapo mozo, esposo amantísimo de la que llamaba *su Fernanda*, de la santa mujer que le hizo el hogar muy dichoso, el marqués de Bogaraya baja á la tumba sin un enemigo, sin rencores de nadie, y representando una aristocracia que Nakens y Rodrigo Soriano, con su democrática campaña, no incluirán en los ataques á la que combaten por frívola y superficial, juerguista ó desocupada.

Como las familias de Perales, Medinaceli, Fernán-Núñez, esta de los Rivas es de las que van á la par con el pueblo madrileño, y son en vida sus amigos y en la hora de la muerte respetadas por todos. El marqués de Bogaraya

pudo repetir, al agonizar, el *non omnis moriar*: no moriré del todo.

Enero, 1899.

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

De aquella generación de granadinos que vinieron pobres y obscuros á Madrid, y luego, á fuerza de talento y de trabajo, fueron célebres todos, creo que no queden en pie más que D. José Fernández Jiménez y don Manuel del Palacio y el músico Vázquez.

Los demás se llamaban Pedro Antonio de Alarcón, Pérez Cossio... Fueron íntimos amigos y llegaron á la mayor altura en las letras, las artes, la administración pública. D. José de Castro y Serrano se distinguió entre todos por su afable trato y por la amenidad de su conversación. Y cuando aplicó estos dones naturales á la literatura y se decidió á ser publicista, fué en poco tiempo el escritor más leído y el más apreciado de los prosistas de su época, porque unió á la naturalidad, tan difícil y tan rara en los escritores españoles, una corrección en el estilo que le llevó en los últimos años de su vida, con perfecto derecho, á los honores de la Academia.

En aquellos tiempos en que el duque de Montpensier presentó su candidatura al trono de España, se dijo y se creyó, y tal vez no faltaron motivos de creerlo, que el señor duque subvencionaba periódicos para que hicieran su causa. Y que á D. Patricio de la Escosura, que no dirigía periódico alguno, *le subvencionaba la conversación*.

Esto que parecía broma, pudo bien ser verdad, porque donde quiera que D. Patricio llegaba y hablaba de cualquier cosa, cautivaba de tal modo á su auditorio, que le cumplía admirablemente la calificación de *charmeur* que dan los franceses al que les encanta hablando.

Pues nuestro D. José de Castro y Serrano era de esos. Recopilando lo que dijo en su vida en tertulias y círculos de amigos, hubieran podido hacerse centenares de tomos de una amenidad única.

Nació en Granada en el año de 1829. Le dedicaron á la carrera de médico, y la aprendió tan pronto que fué médico *á los diez y ocho años*.

Naturalmente, no pudo ejercer su profesión y tuvo que esperar á ser mayor de edad para dedicarse á ser el *salus infirmorum* de una clientela que esperaba sin gran entusiasmo, porque á pesar de los brillantes ejercicios que hizo y de la gloria que logró tan joven de ser médico á la edad en que los muchachos todavía se divierten, su vocación era otra; tenía el culto de las letras.

A Madrid vino cuando aún no tenía veinticinco años, con muchas esperanzas y poco dinero, y se unió á Palacio, Alarcón, Vázquez el músico y otros amigos. Todos estos eran liberales desde los primeros albores de la vida. Castro era conservador. Y mientra Alarcón escribía en *El Látigo* y Palacio servía á la democracia naciente, nuestro escritor entraba en *El Observador* y le ponía la puntería á una covachuela cualquiera. Fué empleado muy joven, y ya asegurada su vida material con la modesta paga que fué aumentando á medida que el escritor adquiría nombre y con la ayuda de sus buenos amigos, estudió, observó, fué ascendiendo en categoría y pudo dar á la estampa descansadamente y sin prisa su primer libro, que tuvo gran resonancia, y se titula *Cartas trascendentales*.

En 1861 se publicó este libro, cuando aún duraba el estruendo de las armas y de la guerra de África. Vino á reposar el espíritu del lector, acostumbrado hasta entonces á lecturas de libros interminables y puramente imaginativos. Toda una generación se había educado leyendo *Los tres Mosqueteros*, *El Judío errante*, *El conde de Monte Cristo*, las novelas españolas de Ayguals de Izco...

Alarcón con su *Diario de un testigo*, Fernández y González con sus primeras novelas, fueron cambiando los gustos. Castro y Serrano se apoderó del público con sus *Cartas*, que formaban

un tomo de trescientas páginas y eran un libro *ameno*. Tratábanse en él con estilo á la vez familiar y literario las costumbres de entonces, las vanidades de la época, la vida íntima de la clase media..., era como la fotografía de los contemporáneos del autor, y el público se lo arrebató, y el funcionario de un ministerio pasó á ser un escritor popular en pocas semanas.

Ya con aquel éxito y adquirida la notoriedad, Castro y Serrano, que soñaba desde muchacho con *ver mundo*, como debieran soñar y realizar todos los escritores jóvenes, pretendió y obtuvo que el gobierno español le enviara á la Exposición de Londres como cronista de aquel inmenso concurso.

Fué la idea excelente, porque nadie contaba mejor las cosas que veía que el escritor de quien vengo hablando; y como cronista de cosas tan interesantes, era único para el caso.

Sus puntos de vista, su espíritu de observación, sus cualidades nativas de hombre de mundo, crecieron y se agrandaron, porque no hay biblioteca ni cátedra mejor que el viaje largo y la renovación de impresiones. «Barcos y vagones, ha dicho un escritor francés, valen tanto como libros y mapas.»

En correspondencias al periódico oficial publicó este libro de la Exposición londinense y luego en un volumen que fué leído con el mismo interés que el de las *Cartas*, aunque era de índole

muy diferente; pero en él aprendió muchas cosas el lector que no había salido nunca de su pueblo, porque para ese lector se publican los libros de viajes.

Tal crédito adquirió Castro con esta publicación, que al celebrarse la primera Exposición Universal de París en 1868, el gobierno volvió á enviarle á que fuese cronista del nuevo gran concurso internacional; y un nuevo libro sobre dicha Exposición fué el resultado de su viaje y el fruto de su meditado trabajo.

Surgió la Revolución de Septiembre. A Castro y Serrano le sorprendió de oficial de la secretaría del ministerio de Ultramar. Recuerdo aquella época y la falsa situación de Castro al entrar nosotros en aquel ministerio, todos amigos suyos desde el ministro hasta los auxiliares. El ministro nuevo era Ayala, el subsecretario Romero Robledo, los directores generales Núñez de Arce, Dacarrete, Cisneros; los oficiales León y Castillo, Evaristo Escalera, yo, que admiraba tanto los libros de aquel que encontramos allí como compañero... Pero Castro y Serrano era empleado *moderado*, su plaza la querían muchos, la política no tiene entrañas, y á pesar de que el autor de las *Cartas trascendentales* resistió y no dimitió, creyendo que aquel gobierno de la Revolución le respetaría como tantos otros, fué declarado cesante, y ya no volvió á ser funcionario en su vida.

Mejor para las letras, y mejor para él, que pudo con esta ocasión dar prueba de su talento y sabiduría de los pueblos y de los hombres' publicando lo que se llama en la literatura contemporánea *La novela del Egipto*, precioso libro en el que se describe la inauguración del Canal de Suez y el Egipto de 1868 con la misma exactitud con que pudiera hacerlo cualquiera de los que asistimos á aquel grandioso acontecimiento.

Indudablemente Castro pensó en ir á Suez, en ser nombrado para aquella inauguración como lo había sido para las Exposiciones de Londres y París; acaso tenía ya la promesa del gobierno de González Bravo. Estalló la revolución, el gobierno provisional nombró á sus amigos, fuimos á Egipto Galdo, Montesinos, Abarzuza, Aramburu, el pintor Gisbert, el duque actual de Tetuán y mi modesta persona. Castro, que tenía su orgullo (muy justificado), pensó: «Yo haré desde Madrid el libro que hubiera hecho á orillas del Nilo.» Y lo hizo, y lo dió por el momento sin nombre, hasta que el éxito grande de la obra le decidió á romper el secreto.

Pero ya dentro de las situaciones moderadas, por relaciones de escritor con todos los gobiernos que precedieron al primero de la Revolución, Castro fué el escritor cronista de las Exposiciones Universales; porque también fué nombrado para estudiar la de Viena, y de

ella dió cuenta en notables cartas á *La Época.*

Ya libre de las tareas del funcionario, siempre enojosas para el hombre de letras, Castro y Serrano fué el escritor predilecto de la aristocracia ilustrada.

Se le veía en todos los salones, comía en todas las casas grandes y amenizaba la conversación como nadie. *Reinaba* como *causeur* sin rival, y sus cuentos, aquellos que inventaba y contaba y no publicaba, eran solicitados en todas partes. Siempre tenía un cuento nuevo; y en la tertulia de doña María de Buschental, de la que era asiduo, y en el palco del teatro Real de aquella señora, hacía las delicias de sus numerosos amigos por la cultura que revelaba y la distinción de sus invenciones.

En el año de 1883 fué elegido Académico de la Española, y en el año de 1895 murió sin haber antes padecido. Fué para él la muerte dulce como la vida, y no dejó enemigos. Deja una reputación de escritor clásico por la forma, modernismo por sus ideas, siempre ameno, siempre humanitario. Con él desapareció casi por completo la que pudiéramos llamar *generación granadina anterior,* que ha dado mucha gloria á aquella región de poetas y de oradores.

1898.

Betances.

El doctor Betances se muere...

La suerte, que es burlona, ó la Providencia, que es justa, arrancan la vida á este fanático de la independencia de Puerto Rico, en los momentos mismos en que la isla nativa del Doctor pasa á poder de Norte América, sin ser de España ni de sí misma...

No por ser enemigo declarado de nuestra posesión en las Antillas dejó de ser amigo de los españoles que en París residían, hasta el momento en que se declaró la guerra. Todos le conocíamos y le tratábamos. A mí me le presentó y recomendó Ruíz Zorrilla, de quien el Doctor fué grande y admirador amigo. Fué Betances médico de mi casa, y á mi hija Sofía, ya casi desahuciada por médicos franceses, le salvó la vida. Cosas son estas que no se olvidan nunca.

Hasta que la guerra se declaró y Betances

tomó la dirección del filibusterismo en Francia, le traté con intimidad; después, reconocimos ambos que el trato era imposible y ocasionado á murmuración, y nos separamos. Durante siete ú ocho años nos vimos con frecuencia, no sólo en la intimidad, sino en los círculos franceses, banquetes internacionales, fiestas de la Exposición Universal. Betances era apreciadísimo en París, donde había trabajado mucho y dándose á conocer, primero como periodista, después como médico excelente. El gobierno francés de la república le honró con la gran cruz de la Legión de Honor, distinción que suele regatearse mucho á los extranjeros. Era un hombre de hermoso aspecto, alto, vestido de negro, con una corbata blanca; la cabeza artística como pocas, cabellos blancos en abundancia y naturalmente rizados; la barba grande y blanca también, á una edad en que los que no han trabajado ni sufrido la tienen negra todavía. Parecía un apóstol. La fisonomía dulcísima, los ojos de tierno mirar. Hablaba siempre en voz muy baja, no se le vió nunca alterado, ni en su rostro se pintó jamás el enojo. Todo era en él evangélico, y sus maneras muy distinguidas. De su honradez no dudó nadie. Hizo su carrera y su nombre en París, trabajando y esperando la realización de sus ideales. Parecía un soñador, y era un sectario tenaz, que no dejaba de conspirar por la independencia porto-

rriqueña á todas horas. Muy joven la primera tentativa de insurrección, *aquella* primera, que no pareció sino un chispazo y fué el comienzo de futuras desdichas. Condenado á muerte, logró escaparse y fué á reunirse con su mujer en Haiti, de donde pudo pasar á los Estados Unidos, y de allí vino á Francia.

Encontró en Edmundo About un protector y un amigo, y apenas llegado á París, y gracias á la facilidad en hablar y escribir el francés, entró de redactor en *Le XIX Siècle*, que aquel grande hombre dirigía.

About lo puso en relación con Gambetta, Favre, Spuller, Jules Simón, Berthelot, Humbert, todos los hombres del 4 de Septiembre y de la *Commune:* y Betances, extranjero, pero con la aureola del hombre que ha expuesto su vida por una idea nacional, estuvo en constante comunicación con ellos.

Sus relaciones le fueron procurando clientela, y pudo vivir, y vivir muy bien, de su carrera de médico, porque de medicina sabía mucho. Cuando cesó de visitar en mi casa le reemplazó en los cuidados de la familia mi buen amigo Max-Nordau, quien decía:

—Es bobería romper con un hombre que no tiene más delito que trabajar por una cosa esencialmente humana. Sus abuelos de usted pelearon contra Napoleón, y usted vive en París. Mañana sus hijos de usted llamarán *hermanos*

de América á los que hoy son filibusteros de Betances...

El Doctor Betances, así que la guerra comenzó, fué el jefe, el director, el representante en París de las juntas filibusteras. A él se dirigían todas las miradas, todas las vigilancias estériles de las embajadas. Ni cambió de manera de ser, ni su vida y costumbre. No alzó la voz sobre el tono ordinario, y sin que se le sintiera lo dirigía todo. Se desliza como una sombra,—decía Hebrard,—pero esa sombra les dará á ustedes mucho que hacer.

Le perdí de vista la primavera del 96, en que, á consecuencia del vuelco en un coche, me rompí la cabeza. Lo anunciaron los periódicos, y al día siguiente ví aparecer en mi cuarto, dulce y sonriente, al doctor.—Vengo á curarle á usted; haremos una tregua de ocho días.—Y así que me curó, me dijo *Adiós* en voz baja, me dió un apretón de manos y se fué. Ya no le ví más.

Su interior era modelo de íntimos amores. Volvió siempre estrechamente unido á su mujer, que adora en él. La bondad de su corazón era por todos reconocida. En la enfermedad de Ruíz Zorrilla, hasta que le puso en el tren, pasó noches y noches en vela, siempre dulcísimo, siempre sobrio de palabras, exclavo de la amistad y de la admiración que por el revolucionario español sentía.

Todo fanatismo es respetable. Y cuando se

ve que los fanáticos de independencia de su país van á ser aherrojados y sometidos por enemigos tan suyos como nuestros, dan ganas de bendecir á la Providencia, que se lleva de este bajo mundo á los que el patriotismo nos mandaba no querer, y nuestro corazón, que es de todos los países y salva todas las fronteras, siente casi como un sentimiento de piedad hacia los desgraciados como este doctor tan bueno y tan sincero y por fuerza de las circunstancias en España tan detestado.

Pérez Escrich.

NUESTRA generación va muy deprisa hacia el otro mundo!—le decía yo el otro día á Núñez de Arce. No podía figurarme que otro de aquellos de nuestro tiempo estaba en aquel momento aparejando el camino del Señor. *Les morts vont vite*, dicen los franceses.

Este Pérez Escrich que enterraremos hoy, tuvo una época de gran popularidad. No había entonces aún ni naturalistas, ni simbolistas, ni nuevos rumbos, ni moldes nuevos, ni nada de todo eso que constituye la neurastenia literaria del mundo moderno. El público leía las novelas que le interesaban, leía ante todo las obras de imaginación; si en Francia Dumas padre, y Soulié y Eugenio Sué le fascinaron con aquellas obras que á nosotros, generación anterior, nos deleitaron en nuestras juventudes, en España Fernández y González y Pérez Escrich en-

tretuvieron y se llevaron de calle á millones de lectores, con aquellas novelas que el pueblo leía. Entonces leía el pueblo; ahora, como las novelas son de análisis y de estudios psicológicos, y de una porción de cosas que el pueblo no entiende, no leen más que unos cuantos, y el pueblo se ha quedado sin aquello que le gustaba. Novelistas como el de *El cocinero de su majestad* ó de *El cura de aldea,* tenían siempre sesenta, ochenta, cien mil suscriptores. Ahora, con tanto sabio y con tanta anatomía, el público sencillo, de buena fe ha reemplazado los dos reales semanales de la entrega por la media peseta de la pieza flamenca. Ello es que los dos grandes servidores de la multitud se han muerto, y con ellos el género que cultivaron.

No fué Escrich, como Fernández y González, un gran literato y un poeta. A cada cual lo suyo. La inspiración tampoco se aprende. Pero hay eso que se llama la intención del público, el secreto de interesar y conmover á la gente, eso que tuvieron en el teatro autores antiliterarios, pero autores dramáticos ante todo.

Enrique Escrich, como le llamábamos de muchachos, tenía eso. A las obras legendarias, de capa y espada, del autor *del Cid,* Escrich oponía sus novelas caseras, impregnadas de ese sentimiento vulgar, si se quiere, pero que hacía llorar á las señoritas del segundo, al cesante del tercero, á la modista del sotabanco y á la

viuda dela buhardilla. Era un género. En *El cura de aldea*, logró gran popularidad; y cuando llevó á teatro la misma nota, ayudado del gran D. José Valero, que le quería mucho, hizo comedias que se oían entre sollozos. La novela de *Los Ángeles de la tierra*, que amigos y compañeros no leíamos á pesar de verle y hablarle todos los días, fué un éxito colosal; el editor, Guijarro, me decía una noche:—Ustedes los escritores, no son el público y no pueden comprender ciertas cosas. Yo soy editor y librero y le digo á usted que *nadie* ha interesado más con sus libros á la generación presente que Escrich. Que esté bien ó mal escrito lo que haga, *me es igual*—añadía—pero conquistar con una primera entrega treinta mil almas, eso no saben ustedes hacerlo los demás. Eso es un dón.»

El editor tenía razón. Cada cual sirve y nace para algo, y mi querido amigo nació, sin duda, para eso.

Y como el estilo es el hombre, el novelista era un hombre de bien, corazón sincero, excelente camarada. Flaco hasta la exageración, trabajador infatigable, *gran madrugador* y *amigo de la caza*, como el hidalgo manchego, todo lo que le producían sus obras (y durante años llegó á percibir *diariamente* cincuenta ó sesenta duros) se lo gastaba entre los suyos, con su familia, en escopetas y morrales. Escribir y cazar, tal era su vida. Llegó á ser propietario en Pin-

to. Pero no se ha dado caso en ningún país, de que un escritor que llega á propietario conserve su propiedad. El por qué se ignora, á lo sumo, se supone; pero es así. ¡Bah! El tiempo que Escrich tuvo su casa en el campo, recibió en ella á sus amigos, daba de comer, de beber y de cazar; era feliz enseñando su jardín, su huerta, sus perros. Y entre libro y libro, grandes cazatas; y luego á contarlas, que es placer más grande que la caza misma.

¡Que se acabó la casa, y la fortuna, y todo! Lo mismo sucede en todas partes. Yo he visto vender el magnífico hotel de Dumas, después de haber ganado el propietario millones con sus comedias.

Sardou se ha gastado cuanto ganó en coleccionar cosas antiguas, y los editores tienden ya el sordo vuelo sobre la gran propiedad de Marly.

Los muebles de Alberto Millaud se vendieron á su muerte en pública subasta. ¿Qué fué del palacio de Alarcón en Valdemoro? ¿Adónde fueron á parar los coches y arneses de Fernández y González? ¿Y las onzas mejicanas de Zorrilla? ¿Y aquel gran tren de casa de Villergas, en la Habana? ¿Morir, *nosotros*, con dinero? ¡Nunca!

Al fin de su carrera le dió la opinión pública la dirección del Asilo de las Mercedes. ¿Qué mejor retiro para el que tenga el corazón tierno y

ame á los niños y á las flores, que estar al cuidado de ochocientas huerfanitas, allá en los altos de la Castellana? Allí ha muerto el inolvidable amigo, rodeado de ángeles y de Hermanas de la Caridad. Más quisiera yo muerte tal, que la más gloriosa en campaña y que todos los honores del mundo.

Pérez Escrich no deja enemigos. En la lista de los que fuimos *todos unos*, hace treinta años, figurará como un hermano. Hoy le seguirá al cementerio el séquito más brillante que puede soñar un hombre de corazón y un cristiano.

Poetas, niños, desheredados de la fortuna..... ¡Qué fin tan hermoso!

Abril 1897.

El Duque de Tamames

Allá por el año de 1870 era yo novio de la que fué y es aún por dicha mía mi mujer, y pasaba muchas tardes y noches en aquella antigua casa con honores de palacio, del marqués de Santiago, de la que ya no queda más que el solar, para darme tristezas cuando paso por la calle de Cedaceros.

Por aquel entonces llegó de su colegio de Londres el duque de Tamames, que venía con frecuencia á comer ó pasar el rato con mis futuros sobrinos.

Aún me parece que le veo, todo entusiasmo, todo corazón, exuberante de juventud y de vida, y cosa estupenda en quien ha vivido largo tiempo en el extranjero, tan español... como pretendo serlo yo después de catorce años de vida parisiense.

Era como ha sido después, el perfecto tipo de ese gran señor español que tanto contrasta con

los que llaman en Francia *rastaquouères*, y con esos nobles del Papa ó de los que hace Cánovas cuando manda, él, que no ha querido nunca título ninguno, probando con esto lo que vale. Porque hay nobles de nobles; y yo, que vengo de abajo, admiro con toda sinceridad al noble que lo es de *raza*, lo mismo que detesto, y no puedo soportar, á los nobles improvisados, sin más calidades que su dinero ó sus intrigas, pretenciosos, en general ignorantes, más vanidosos cuanto más insignificantes, negociantes que compran de una manera ú otra los títulos para luego darse más tono que los magnates de veras; verdaderos *piojos resucitados*, como dice el pueblo de mi Madrid, expresivo como ninguno en sus definiciones.

Habiendo emparentado indirectamente con grandes de España (y repito que yo vengo de abajo y no doy importancia á la casualidad) y habiendo vivido siempre en la intimidad de los grandes *de veras*, he podido observar que son, los nuestros, todos ellos caballeros, cristianos sin fariseismo, generosos, cultos en extremo, sencillos en su grandeza, familiares españoles netos. Los Albas, Fernán Núñez, Tamames, Lermas, Santa Coloma, Vélez, Rivas, (dinastía de artistas y literatos) Chestes, Peña Ramiro, Bogarayas, Torenos, Medinacelis, San Luis, Molins, Osunas, Infantados, Perales, Puñonrostro, Valdueras, Medina Sidonias, y tantos

otros, representan esa España que se va y que no volverá, de almas caballerescas y caritativas, de personas ilustres que rejonean toros y escriben libros inmortales, y al salir de la corte donde lo son todo, dan la mano al desgraciado en medio de la calle. No hay en ningún país nobleza como la antigua nuestra; no la hay en ninguno.

Y cuando llegan á la política ó á las letras, se les ve como son, sin esas ambiciones mezquinas de la pleve endiosada ó del abogadillo convertido en hombre de Estado para comerse al país, engañándole con discursos hueros; tienen la noble ambición de servir á su país; parece como que quieren probar que no son lo que las otras clases medias quieren hacer creeer, es decir, una familia de ignorantes ricos ó de vividores á gusto. Siempre que un Gobierno les da ocasión de gobernar ó de administrar, siempre hacen algo bueno. Aman la gloria, lo cual ya es mucho, y no les atrae el lucro, porque no necesitan nada. Se parecen en sus grandes cualidades al pueblo, á ese que llamamos el pueblo bajo, y que no puede ser ni más humilde, ni más sufrido, ni más cristiano, ni más bueno. Pueblo y aristocracia van en España unidos en su nobleza de sentimientos, en su desinterés y en su sencillez.

Pues este duque de Tamames, desde que salió de su colegio de Inglaterra se reveló con to-

das las cualidades españolas que le distinguen. Es muy valiente, muy soldado cuando hace falta; ama el amor, y la amistad, y todo lo que eleva el corazón del hombre. Literato en su casa, sin pretensiones ni vanidad, tiene el culto de las letras y de las artes y sigue con verdadero interés el movimiento moderno. Habiendo recorrido el mundo por gusto, desde las estepas de Rusia hasta los campamentos de Melilla, por donde quiera que pasa se le saluda y se le respeta, porque su ilustre cuna y sus cualidades personales le hacen popular en Europa. Tiene sobre todo esto, dos grandes cualidades. Es muy sincero y es muy honrado.

En cuanto llegó al gobierno de Madrid resolvió, sin consultar á nadie, cortar abusos y *administrar* antes que nada. Empezó por regalar su primera paga á las dos familias más pobres que encontró en Madrid, después de una peregrinación minuciosa. Quiso prohibir el juego, no porque á él no le guste, como á todo el mundo, cuando es «particular», jugarse gallardamente en el *Veloz* lo que le da la gana; sino porque entendió que, como autoridad, estaba obligado á prohibirlo. Se encontró con las dificultades de siempre, porque aquí vivimos

en mundo tan singular

que en cuanto se cierran las puertas de los garitos se trastorna la vida normal de la pobla-

ción y todos los gobiernos, débiles y acomodaticios y cobardes, se asustan de los petardos que, según dicen, ponen los jugadores cesantes por las calles; y el vicio de reemplazo amenaza siempre al orden público; en fin, que cada país es como es, y en este parece ser que hay que dejar que la gente se pele, y vamos viviendo.

El duque de Tamames se encontró, pues, entre la espada... y el basto, es decir, entre el gobierno que manda y la dimisión inevitable. Cedió, pues, como tantos otros al que *venía tras* él, como dice San Juan; pero dió nueva forma al empleo del dinero vicioso, y toda la población ha aplaudido su sinceridad y su integridad.

—Yo no admito—me decía á los pocos días de ser nombrado—que nadie pueda suponer en mí que hago mal empleo de lo que los jugadores dan al Gobierno.

Hasta ahora se ha dicho, se ha supuesto, con razón ó sin ella, que ese dinero se distribuía *ad libitum*. Yo no lo entiendo así; y ha de ver usted que publicaré, en la forma que buenamente pueda, la relación de los que llamaré donativos particulares y los enviaré á las Casas de Beneficencia. ¡Supuesto que hay un vicio semi-oficial, que redunde en beneficio de los desgraciados!

Cayó al otro día un desdichado de un andamio y en seguida se le ocurrió al duque enviarle un socorro, y esto no es digno de mención

por lo que el socorro represente, no, sino porque prueba una idea preconcebida; prueba que el gobernador está constantemente dedicado á pensar en los desgraciados...

Piensa en todo. Pasa á veces las noches en vela recorriendo los alrededores de Madrid, para ver si los encargados de vigilar las afueras están en sus puestos. Ha suprimido todos los guardias de orden público que estaban, yo no sé (ni él) por qué, al servicio de los particulares. Se ocupa sin descanso en todos los servicios, y ha tomado, realmente, en serio el cargo, porque tiene empeño que se diga el día que lo deje, lo que dicen ya republicanos y carlistas; que es una autoridad á la vez noble y popular, un gobernador que funda su gloria en que nadie tenga que murmurar de él...

Y cuando yo le recuerdo volviendo de su colegio de Inglaterra ó siendo recibido en Munich al recibir el collar de San Jorge, por todos los soberanos de la hegemonia alemana, ó en París saludado por la aristocracia francesa como uno de los más grandes señores de Europa, y le veo ahora dedicado con verdadero amor al cargo de gobernador, siento la íntima satisfacción que debe sentir un corazón español, al ver fundidas en el duque de Tamames la raza que se va y la raza que viene.

1894.

Correa.

—

Les morts vont vite, dicen en Francia. En el breve espacio de tres meses y medio he visto morir en este Madrid, pueblo el más mal sano de la tierra, á los amigos de la infancia, á los compañeros en la prensa y en el teatro,—Arrieta, Barbieri, Zabalza; ahora Ramón Correa.

Allá por el año de sesenta y dos, en el entierro de Calvo Asensio, conocí yo á este escritor festivo, que había de ser desde entonces un amigo del alma.

Era redactor del *Contemporáneo,* que dirigía Albareda, otro colega de ayer, á quien aún me parece ver tan garboso y tan *majo.*

Vivíamos en la mejor armonía los periodistas de entonces, y el círculo íntimo, que se reunía en el Suizo Nuevo, se componía de Luis Rivera, Juan de Dios de Mora, Roberto Robert, Manuel

del Palacio, Fernández y González, Gustavo Becquer, Pancho Orgaz, Moreno Godino, Tiburcio Rodríguez, D. José Vallejo, Bernardo Rico, Germán Hernández, Dioscoro Puebla, Mozo de Rosales, Gaztambide, Salas, el general Milan del Bosch, Carlos Navarro, Juan de la Rosa González, Llano y Persi, Inza, Saco, Carrascón, Plaza, Antonio Merino, Zamora, Mario, Ortega ¡Qué sé yo! Esta lista representa una sociedad que desaparece y de la que sólo quedamos los que entramos en la vida literaria muy jóvenes, casi niños.....

Correa tenía ya reputación de eso que se llama en Francia *causeur* sin rival. Sus frases en *El Contemporáneo* daban la vuelta á España en veinticuatro horas. Fué el inventor de una calumnia cómica que representaba al sobrio Negrete como aficionado al vino, y, sin embargo, á aquel hombre público le sucedía algo de lo que le ocurrió al rey José Bonaparte, á quien llamaban los españoles el tuerto Pepe Botellas, y tenía dos ojos muy hermosos y no bebía nunca vino.

Correa se empeñó en declararle bebedor y cuando los periódicos oficiosos decían que estaba enfermo aquel personaje, el festivo escritor añadía:

—¡Tiene el *oidium!*

Y cuando llegaba de un largo viaje el general Dulce, Correa decía:

—¡Vino Dulce. ¡Cómo se alegrará Negrete! Con la conversación hizo su carrera, porque en honor de la verdad, como escritor deja muy poco. Hay personas á quienes debía subvencionárseles la conversación, que es lo que hizo el Duque de Montpensier con D. Patricio de la Escosura, cuando aquel conspirador hijo de reyes quiso ser, aunque francés, rey de España. Correa se abrió camino hablando y diciendo gracias, como otros se lo han hecho callando y diciendo necedades, porque de esto hay mucho; á lo menos Ramón Correa era franco. Era literato sin escribir libros, y se le reconocía por todos un talento muy grande de periodista y de hombre de letras. Basta tener talento para hacerse paso; lo de menos es escribir lo que se piensa, porque si lo que se piensa es vulgar, resultará siempre muy malo, mientras que lo que sale espontáneo y franco y sin pensarlo, vale á veces más que una frase tanto más fastidiosa cuanto más lata. (¡Don Antonio!).

Tenía Correa la vista extraviada, quiero decir que miraba contra el Gobierno, ó si se quiere, que era bizco. Y este extravismo daba cierta animación especial al semblante del cubano venido á España á buscar fortuna como otros españoles van á buscarla á Cuba. Y una vez, un médico amigo suyo *le hizo la operación*, quiero decir que le puso los ojos derechos. Ya no era *él*, pero en fin, él estaba tan contento. De

pronto, y sin saber por qué (aunque es de suponer que fué porque la operación estuvo mal hecha), se le volvieron á poner los ojos en cruz. Y como le encontráramos por la noche en el famoso baile de Capellanes, á donde íbamos todos á terminar el día, le dijo Luis Rivera:

—Pero, chico, ¿qué es eso?

—Pues nada, ¡que he leído el mensaje de la corona!

Por aquél entonces intimó con D. José de Salamanca, á quien debió gran protección. Salamanca era grande en todo y además *distinguía* como dicen en la Fuentecilla. Nunca se rodeó de tontos. A Correa le tomó gran afición, porque en cada frase que el periodista á la moda le decía, hallaba materia para su conversación de ocho días. A veces la guardaba para aplicarla luego, como aquella del teatro Español, cuando Correa saludó á un amigo desde el palco donde estaba con D. José.

—¿Quién es ese?—preguntó el gran banquero.

—Nadie.

—Hombre, eso no es una respuesta. ¿Quién es?

—¡Nadie!

Y como D. José iba á enfadarse, Correa dijo:

—Ese hombre no tiene ni talento, ni dinero, ni casa, ni hogar. ¡Luego no es nadie!

Un día Correa echó coche. Lo estrené con él. Fuimos á la Castellana y nos dimos tono. Acababa Correa de fundar *Las Noticias*—¡Este es el

primer cochero que hay!—me decía señalando al suyo.

—¿Y cómo lo sabes si es la primera vez que tienes cochero?—¡Pues por eso es el primero! No había manera de hacerle objeciones, tenía siempre respuesta en los labios.

Su amistad con Becquer nos ha valido la publicación de las obras de aquel gran poeta. Correa tuvo, desde sus primeros pasos en el periodismo, un núcleo de relaciones que los demás no podíamos tener. Casi todos nosotros, habíamos empezado la vida *de liberales*. Él la comenzó *de conservador*.

Así fué que él nos llevó después, cuando todos hubimos pasado el sarampión de radicalismo, al círculo de los suyos. A Becquer le puso en contacto con González Brabo, le hizo nombrar censor de novelas, quiso empeñarse en lanzarle al gran mundo; pero su amigo era refractario á las vanidades. Cuando murió, Correa publicó sus versos, que han dado la vuelta al mundo.

Sus íntimos eran Albareda, Valera, Aldama, La Duquesa de Medinaceli, los condes de la Almina. Vivió hasta hace un mes en aquel cuarto bajo de la calle de Claudio Coello, donde dormía en la cama que, según él, había perteneci- á la princesa de Éboli. Se lanzó á la política; fué diputado, director, subsecretario, consejero de Estado; eso lo ha sido y lo será todo el que

quiera, eso es lo de menos. Su reputación y la estimación general las obtuvo por ser Correa, por su gracia sin igual en la conversación, por su conocimiento práctico de la vida. Tenía el culto de sus amigos; no olvidaba nada. Siempre recordaré que allá en París, cuando perdí á mi madre, á las diez horas de su muerte recibí un telegrama de este entrañable amigo, con esta sola palabra:

—«Valor.»—Ramón.

—Ramón..... ¿quién es Ramón?—me decía yo danda vueltas al telegrama, el primero que llegó..... Ramón..... Ramón.....

Un año después, en París me preguntaba:

—¿Recibiste un telegrama de pésame?

—¡Ah! ¡Eras tú!

—¡Pues es claro! Supe la noticia por casualidad, oyendo hablar á tu tío con un amigo delante de mi ventana, y enseguida me fuí al telégrafo.....

—¡Cómo te lo agradezco!

—Pero, hombre, ¿creías tú que no hay más Ramón que el criado de Cánovas?

Al volver á Madrid hace tres meses, me apresuré á ir á verle. Los que le cuidaban me advirtieron que acaso le encontraría trastornado, que acaso divagaría.... No hubo tal cosa; le hallé muy tranquilo; estuvo recordándome cosas de hace treinta años.

—¿Te acuerdas de aquellas bofetadas que nos

dimos con unos desconocidos en el baile de máscaras del teatro Real?

—No—le dije—no me acuerdo.

—Ya no se pega nadie más que mis obleas....

—¿Cómo?

—Sí, mira.

Y cogiendo de un platillo unas cuantas obleas azules, blancas y encarnadas, decía:

—Ahí tienes..... como son de distintos colores..... se pegan!

Eran lan últimas ráfagas de aquel ingenio tan famoso..... Después se quedó como dormido.

—Ramón, adiós, me voy.

—¿Eh, te vas? ¿No te han dicho que me muero?

—No, ni creo tal cosa.

—¡Pues créelo, porque te lo digo yo!.....

Y se murió ayer tarde.

1894.

D. Pedro Delgado.

Muy pollo era yo, cuando *Perico Delgado* vino la primera vez á Zaragoza. Esto era allá por los años de 56 á 58, y entonces el actor que hoy ocupa una cama en el hospital de Sevilla era en los teatros el hombre á la moda.

Rico por su casa. En la Carolina tenía haciendas, y el vino de sus viñas era exquisito. En Madrid se vendió durante bastante tiempo el *vino de D. Pedro*, que así se le llamaba; y alguno de mis contemporáneos lo habrán bebido. Era muy guapo y, sobre todo, muy elegante, y vivía muy en grande. Tenía fama de conquistador, y allí en mi tierra hubo por su causa divorcios y desafíos y grandes aventuras. Sus poderosas facultades le servían admirablemente para hacer aquel repertorio semitrágico que por entonces estaba en boga. *El Jorobado, La jura en Santa*

Gadea, los dramas de Zorrilla y melodramas franceses eran su fuerte; y cuando hacía *Guzmán el Bueno*, se llenaba el teatro para ver y admirar la famosa bajada de la escalera en el último acto, después de arrojar el cuchillo al bárbaro enemigo. A cada escalón que iba bajando se producía un movimiento de admiración, y al llegar á tierra un delirio.

En las comedias de costumbres se le admiraba todavía más, porque en ellas no tenía rival en vestirse á toda elegancia, y decían que la ropa «se la hacían en Madrid» en casa de Caracuel ó en Sevilla en casa del célebre Cruz. Salía á la escena y parecía un caballero, como que lo era, y en esto de la buena presencia no hay engaño. El cómico que viene de abajo parece siempre camarero cuando se pone el frac. Los actores señoritos, como Romea, Catalina, Olona, Delgado, se distinguieron entonces de los demás, como ahora Díaz de Mendoza, y los tres ó cuatro hijos de familias distinguidas que se han dedicado al teatro en estos últimos tiempos.

Perico Delgado hacía mucho el repertorio de su amigo Pérez Escrich, y en *El movimiento continuo* era gran actor cómico, del mismo modo que *El zapatero y el rey* hacía á la manera antigua todos los desplantes que el gusto de la época pedía.

Había aprendido á hacer comedias con don Carlos Latorre, por quien tenía santo respeto, y

aun dicen que le imitaba, cosa frecuente en los actores que siempre recuerdan al actor que les enseñó.

Su ambición estaba fija en Madrid, como le sucedía á Vico, que era entonces galán joven y una de las figuras más simpáticas de la escena española y á Madrid vino, y tuvo la fortuna de que Fernández y González le diese á estrenar aquel hermoso Cid, en el que el genial novelista y poeta echó toda su inspiración. Delgado, por su parte, también echó el resto, y en el final del segundo acto poeta y actor tuvieron una ovación inmensa. ¿Qué tal ha sido eso? le preguntó el actor al autor, sudando y reventando del trabajo que había hecho. Y Fernández y González le respondió: ¡Ma gustao ese *finalillo!*

Romea y Arjona con compañía célebre habían reinado en el teatro del Príncipe varios años. Salió el teatro á subasta y el mejor rematante fué D. Pedro Delgado. La prensa y los autores protestaron. ¡Apoderarse del Español un intruso, un actor de provincias! Se le puso todo el mundo de uñas, pasó muchas amarguras, estrenó dos ó tres obras que no gustaron. Fernández y González, de agradecido, le escribió un drama que se titula *Deudas de la conciencia*, hermosamente escrito, pero que no dió resultado material. La empresa iba muy mal, y entonces se le ocurrió á Delgado conmemorar el día de los difuntos poniendo en escena el *Don Juan Te-*

norio, comedia que no había gustado cuando se estrenó en Madrid y que Zorrilla había vendido por poco dinero á otro Delgado.

Delgado actor no sabía entonces que iba á crear una costumbre que aún no se ha acabado, que por él pudo decir Zorrilla muchos años después:

> En los años que han corrido
> desde que yo lo escribí,
> mientras que yo envejecí
> mi *Don Juan* no ha envejecido.

Resucitó Delgado la obra, hizo rico al editor y logró que, como el Fénix, la obra del poeta inmortal renazca todos los años. Delgado hizo un Tenorio magnífico; arrebató al público, sobre todo al recitar las famosas décimas en el panteón, y con aquella obra ganó dinero para sostener la temporada, y Ayala fijó su pensamiento en él para que le hiciese el galán de *El tanto por ciento* que había escrito para Teodora Lamadrid aquel invierno. El teatro se levantó, como dicen en los teatros. García Gutiérrez dió aquel año su *Duelo á muerte,* obtuvo gran éxito el *Sol de invierno* de José Marco, y, por fin, *El tanto por ciento,* estrenado á fin de temporada, obtuvo un éxito tal, que se prolongó la temporada por todo el verano y Madrid entero acudió á aplaudir una obra literaria... ¡Qué tiempos aquellos!

¿Qué de D. Pedro Delgado después? Fastuoso,

viendo la vida en grande, muy generoso, muy fácil en dar y en tirar, ha ido rodando de provincia en provincia y de pueblo en pueblo. No pudo ocupar su verdadero sitio en Madrid, porque se le hizo guerra despiadada como á todo el que ni sabe el valor del dinero ni vive del negocio, sino de su propio temperamento de artista.

Y este artista, tan elegante y tan rico un día, tan asediado de peticiones de dinero por los hombres y tan adorado de las mujeres, ha venido á caer en la cama de un hospital, mientras otros más prácticos cultivarán sus viñas...

Lleguen hasta la cabecera de su cama los recuerdos del que fué y es su amigo y hagamos entre todos algo por este pobre actor un día famoso, porque si lo fía de los que están en alto, más le vale morirse. Las obras de caridad no las hacen generalmente los que están sobrados, esas son propias de los pobres y de los que han sufrido...

Barbieri.

¡Otro!

¡Dios mío, me decía yo esta mañana oyendo misa en el Cristo de San Ginés, allí donde la oía con mi madre hace veinte años; Dios mío, qué de prisa se van los amigos de marras!

No hice más que llegar y oir que se moría Arrieta. Cinco ó seis días después, se me muere Barbieri, otro pariente espiritual, otro *de aquellos* de los que cantaban conmigo seguidillas y tangos, cosas de Madrid y cosas de España.

Este era de los que llevaban por donde quiera que iban pasando, la bandera nacional, el aire de la tierra, la música que da color á todo...

Y la muestra, que es única en su color, y en su sabor, diferente de todas las del mundo, porque es la que tiene más carácter y hace sentir á todo el que tenga nervios.

Barbieri la propagó, la llevó á la escena, á la calle, á las fronteras, al mundo.

Era sabio. No se contentaba con saber componer y echar al aire aquellas chulaperías artísticas. Sabía de memoria las músicas populares de la España antigua, había escudriñado todos los rincones de las bibliotecas nacionales, y para él no había secretos. Pavanas, chaconas, tonadillas, misas, villancicos, tangos, guajiras, seguidillas gitanas, todo era suyo y lo acomodaba al gusto del público, y era el músico del ole y de las palmadas mientras se sirve el vino. Será, mientras España exista, el autor inmortal de *Pan y toros*.

Para nosotros los de entonces fué el Chueca con argumento, como hubiera dicho Santistéban. Cuando él empezó á declinar, apareció Chueca. Cuando muera Chueca (¡no lo quiera Dios!) vendrá otro. En Madrid hace falta siempre el músico que *se la trae embotellada*, según expresión de la tierra baja. Ese músico cuyos *aires* hay que tocar y cantar en los toros, en los ejercicios de los soldados, en la procesión y en la verbena. Aquí donde la música es la querida del sol, no se podría vivir sin las inspiraciones de estos compositores á quienes los gobiernos debieran conceder pensiones como se ha hecho con los poetas, porque alegran la vida.

Este Barbieri que hoy desaparece, tenía tonos tan personales, que el número de las obras que

salvó no tiene cuento. A veces ocurría que se iba al teatro por oirle á él, olvidando al poeta.

Era además, de una corrección musical que no se apreciará sino cuando ya esté podrido, porque los españoles tenemos la consagración tardía, y no hacemos justicia sino á los que ya no pueden hacer estorbo.

Tengo yo entre mis papeles, que todos los guardo, cartas, versos, apreciaciones, críticas de Barbieri que revelan un literato de primer orden. El carácter era intransigente, las condiciones de mando, admirables. Aún no ha olvidado mi generación la célebre noche del estreno de *Jugar con fuego*, en la que interrumpió la representación para volver á empezar el concertante del segundo acto, que no iba á su gusto. En el primer momento el público se quedó asombrado, porque le cogió la acción. Después, cuando sintió la mano del amo de la orquesta, seguro de su música, y oyó aquella hermosa pieza magistralmente tocada y cantada, le hizo una de esas ovaciones que nunca se olvidan.

Por aquel entonces la opinión andaba dividida entre Gaztambide y él. En España no se puede vivir sin la concurrencia. Hace falta siempre la lucha entre Cúchares y el Tato, Espartero y O'Donell, Lagartijo y Frascuelo, Cánovas y Sagasta, la Reina y la Infanta, Castelar y Zorrilla, Este y el Otro. En todos los países del

países del mundo se ama la unidad; aquí hemos de vivir en constante división de plaza.

No lo censuro, lo hago constar. Es más, creo que eso produce grandes pugilatos de inteligencia, de heroísmo, de entusiasmo y de mérito personal y por eso hay tal sobra de talentos y tal derroche de gloria.

En aquellos tiempos de Gaztambide, Arrieta, Barbieri y Oudrid, este músico que hoy lloramos todos llevó siempre la palma de la victoria como músico popular. Sus canciones pasaban del teatro á la calle á las veinticuatro horas y tenía lo que es indispensable en las artes. El sello personal; el estilo.

Metido en su casa, sorbiendo rapé, haciendo chistes á porrillo; gastrónomo á punto de eclipsar á Castelar, Martos y Arrieta, cuando salía después de un chapuzón de un mes en su rincón de la plaza del Rey, traía una de esas particiones que hacían bailar á los coristas mientras las ensayaban.

Era sonetista, y tenía la manía de hacer los versos mejor nadie. Sumamente correcto, tenía madera de académico, y por eso lo fué. Yo tengo sonetos suyos realmente muy hermosos, pero prefiero las notas de música que escribía en el álbum de mi mujer, y que saben á pardillo, de aquel que se bebe en el Puente Verde.

Mañana le enterrarán, y estoy seguro de que le acompañaremos al cementerio con marchas

de Chopin ó con aires fúnebres de esos que vienen del extranjero. Precisamente en el extranjero, desde hace algunos años, se hace algo que valiera la pena de imitar aquí, y consiste en convertir uno de los aires más populares de músico muerto en marcha acompasada y lenta. Bretón, que ha hecho aquella hermosa partición del sainete de anoche, ¿nó podría acomodar al caso del entierro cualquiera de esas marchas tan populares del maestro sencialmente madrileño?

Así se sentiría más y mejor que llevamos á enterrar al músico de *Pan y toros*.....

¡Este compositor ha sido el Goya de la música, y le han de cantar muchas generaciones!

1894.

Frascuelo.

Cuando le conocí, era muy joven, acaba de tomar la alternativa y con tanta valentía mató sus toros en las primeras corridas, que enseguida fué popular. Y en la tienda del Gallego, en la Carrera de San Jerónimo, le dí las primeras enhorabuenas. Era por aquellos tiempos en que el día de Jueves Santo, los espadas se ponían á la puerta de Lhardy á ver pasar á las mujeres bonitas, que lucían mantillas de madroños. Ellos iban allí á echar flores y el público se agolpaba á la acera por verles á ellos. Los madroños de las mantillas y las *fajas de colores,* tan características en el talle de los toreros, han desaparecido casi por completo.

Aun se usaba el calañés, que ya no lo lleva en España más que Angel Regatero. El espada

en esos días de fiesta tradicionales se salía á la calle con su buena chaqueta de terciopelo de *color*, su faja de seda amarilla y encarnada y de todos los tonos, sus botas de charol y su bastón de lujo.

¿Ahora?

Ahora se visten de *Smoking* y esconden la coleta entre el pelo y las dan de *finolis*. Así es que desde que yo ví una noche á cuatro toreros de corbata blanca, dejé el abono de la barrera que tuve tantos.

Frascuelo y el Ostión me convidaron una mañana á almorzar en el mismo Lhardy. Eso de la *taberna* es de ahora. Yo he visto al Tato tirar las onzas en el *Cisne*, el restaurant más caro que había en Madrid cuando uno era joven. Cúchares, en casa de Portilla, cenaba rodeado de periodistas con sombrero de copa. Los tiempos cambean y esto del toreo ha venido muy á más desde que no hay toreros.

Pues digo que me convidaron una mañana para almorzar como almuerzan los hombres, y para comerme una comida que yo les dí á cuatro ó cinco de ellos con el producto de mis comedias. Y si yo me gasté diez, Salvador se gastó veinte, y el Ostión vino porque le gustaba la literatura sin saberlo, porque él fué quien dijo oyendo á Grilo que me celebraba unas quintillas á no sé que, me presentó á un camarada suyo diciendo:—Aquí te presento á este

caballero, que hace unas guindillas que encienden!

Esos eran toreros, á la buena de Dios, hijos del pueblo, matando por derecho y sabiendo ganarles la cara á los toros y tirando una jara por darle gusto á la más bonita.

Y luego vino la revolución y después la restauración, y así como Juan Rico y el Suárez, y Pucheta eran liberales... pues Frascuelo salió monárquico y Alfonsino, y se hizo miliciano de caballería.

Pero hombre, Salvador, le decía alguien, un hombre tan popular como usted, volviendo la cara hacia la restauración, y Salvador decía:

—Porque están ustés todos equivocados: porque España ha estao siempre junta con los Reyes, porque sin Rey no se puede vivir, por lo mismo que no se pué vivir sin cabeza, y ya verán ustés como viene! Y sino viene él lo traeremos!

La gente se reía entonces de oir que venía aquel Rey, como se ríen ahora cuando dicen que va á venir otro.

Pero á pesar de eso, una mañana nos despertamos oyendo decir que se había acabado la República, y que Alfonso XII desembarcaba en Cartagena.

Frascuelo se salió con la suya, y el Rey que venía con hambre y sed de ver toros y toreros tenía prisa de conocer al que le había brindado

toros á su madre, que también era torera, y lo es todavía.

Y en aquel primer período de restauración, Salvador que había sido personaje importante en el escuadrón de milicianos que mandaba el Duque de Sexto, fué del corro íntimo de los ministros de entonces.

Con Romero Robledo le unía gran amistad. ¿Quién no recuerda aquel almuerzo que el ministro de la Gobernación le dió en Fornos, y que casi produjo una crisis?

Los periódicos se *echaban encima,* como suele decirse, se comentó mucho el suceso y Frascuelo y el ministro continuaron siendo los mismos, y el espada brindaba sus toros al político, y el político le tenía muchas noches en lugar preferente en su tertulia de última hora del ministerio.

Esta unión, esta intimidad de los toreros célebres con los personajes, en España, ha existido siempre, y sólo ha podido acabarse á medida que se han ido acabando los toreros.

Los reyes de España han tenido siempre á gala enviar un recado á casa de los toreros heridos, porque es esta una manera de identificarse en el espíritu nacional, todo entusiasmo por cuanto representa la fiesta del valor y de la lucha del hombre en las fieras. Frascuelo, durante muchos años, ha sostenido esta relación, este contacto de la nación con el héroe de la plaza

de toros. Pasaba Frascuelo por la calle en sus buenos tiempos y llevaba detrás una *cola* de admiradores, y de las tiendas salían á verle. No era precisamente á él, sino á la personificación de una cosa esencialmente nacional, algo que es como el símbolo de nuestro modo de ser, bueno ó malo, no me meto en eso, pero nuestro.

¿Le cogía un toro? Madrid se desplomaba por ir á firmar á su puerta.

¿Casaba una hija? Madrid entero iba á los viveros á celebrar la boda.

Se retiró y se fijó en Torrelodones. Pues al detenerse el tren allí bajaban centenares de viajeros *á ver á Frascuelo*, era ya un monumento, un santo del calendario torero que había que visitar. Y la infanta Isabel, de paso para la Granja, le saludaba con el pañuelo: — Adiós, Salvador! y el torero viejo, pavero en mano, decía conmovido: — ¡Vaya con Dios, señora!

Era, en fin, la representación de nuestra raza moderna, franca, valiente, democrática, torera.

Y como decía el Ostión:

—A ese cuando se le calienta la mano, á los cofres de la casa se les ponen los pelos de punta!

Ayala.

I

El escaparate del fotógrafo Laurent es toda una época. Allí están reunidos, codeándose, en fraternal tertulia, Cánovas y Zorrilla, Amadeo de Saboya y el rey Alfonso XII, Rivero y Vico, Castelar y Serrano, Figuerola y Frascuelo. Los transeuntes se detienen á contemplar aquella reunión de notabilidades en todos los géneros, y los forasteros, sobre todo, se complacen en mirar las fotografías, haciendo cada cual los comentarios que le sugiere la colocación más ó menos hábil de todos aquellos personajes, célebres algunos y famosos todos.

No hace mucho que oímos el siguiente diálogo á dos curiosos, que indudablemente sólo cono-

cían por su nombre ó su celebridad al personaje que pretendían adivinar.

—Debe ser un pintor notable—decía uno.

—Más bien creería yo que es un actor.

—No, de seguro es algún poeta... Zorrilla es.

—Zorrilla debe ser más viejo.

—O Fortuny; de fijo es el pintor Fortuny..... Sí, esa cabeza, la actitud.....

—Artista es de seguro.

Y un tercer transeunte, que oía como nosotros, se atrevió á decirles sonriendo:

—Es un ex-ministro.

Los forasteros se quedaron mirando al que les daba la noticia.

—¿Es un hombre político?

—Sí, señor.

Ya no pudimos resistir al deseo que nos retozaba de declarar quién era el personaje, y dijimos resueltamente:

—Ese caballero es antes que ex-ministro y que diputado y político algo que significa más que todo eso, y hay que anunciarle de otra manera. El original de ese retrato... es el autor del *Tanto por ciento*.

—¡Ayala!—dijeron á la vez los forasteros, añadiendo en seguida:

—¡Es claro!

II

Efectivamente *era claro*. El aspecto del poeta de quien vamos á hablar no podía engañar á nadie. Su fotografía estaba diciendo á voces que aquella figura artística y aquella cabeza sin igual no eran de un político de profesión ni de un diputado de la mayoría. Los transeuntes adivinaban en él un gran artista, un gran poeta, todo menos un ministro. Se puede ser minitro con el aspecto de memorialista ó de cabo segundo, y de esto hemos visto mucho, pero no es posible confundir con la multitud á quien se presenta en el mundo con tan especialísima figura. Ponedle un jubón de raso acuchillado, una gola de encaje de Flandes, calzas ajustadas y botas de cuero, y al cinto una espada de taza y hoja toledana, y dejadle en la misma actitud de la fotografía moderna, y á fe que parecerá contemporáneo de los Villamedianas, Austrias, Velázquez y Calderones. Hay que creer en la frenología contemplando aquella frente serena, los ojos vivos, la mirada penetrante y la fisononomía noble y abierta. Puesto al frente de una cabalgata para ir á emprender novelescas aventuras, hiciera recordar los versos del mantuano cuando dijo del caudillo troyano:

Haud illo segnior ibat
Æneas; tantum egregio decus enitet ore.

Andalucía, que tantos hijos ilustres dió á la patria, vió nacer al ilustre español de quien hablaremos á nuestros lectores. Guadalcanal, aldea humilde, *casi extremeña,* fué la cuna del que había de ser con el tiempo gloria de su país y honra de su patria.

Aquí viniera bien la sucesión de noticias que abundan tanto en las biografías. Los nombres y apellidos de sus padres, los primeros estudios, alguna coincidencia fenomenal en que tuvieran parte las estrellas..... No, no hemos de contar nada de extraordinario, porque lo extraordinario es todo de la organización y no entra en ello el mundo exterior. Ayala salió á los catorce años de su pueblo para ir á estudiar á Sevilla; allí fué un estudiante inquieto y revoltoso, como casi todos los estudiantes de todos los países; era joven y era exaltado, era andaluz y era poeta; á orillas del Guadalquivir hace versos todo el que no ha cumplido aún treinta años. Ayala tenía catorce al llegar á la Universidad, porque había nacido el año 29. Entraba, pues, en la vida en las postrimerías del romanticismo; pero aún eran aquellos los tiempos de Zorrilla y de García Gutiérrez; era la época en que todos los poetas *en juego,* desde el autor de *Granada* hasta el del *Patriarca del Valle,* extasiaban al público con versos sonoros, dramas, leyendas y novelas. Ayala había nacido poeta como otros nacen versificadores; García Gutiérrez era su ídolo por

entonces; los versos del poeta del *Trovador* se quedaban impresos en la memoria y en el corazón del futuro poeta del *Tanto por ciento.*

Su primer triunfo literario le obtuvo en las aulas. Las masas hacen siempre la opinión, y los estudiantes recibieron con aplauso inolvidable la primera protesta del escolar imberbe. Dictadas por el claustro severas disposiciones sobre los trajes de los estudiantes, Ayala hizo unas octavas reales famosas, en los anales de la estudiantina.

García Gutiérrez pasó por Sevilla pocos años después, y reconoció al poeta naciente. ¿Cómo no había de conocerle, si á la natural inclinación que Ayala sentía hacia García Gutiérrez se unió el deseo que éste tuvo de comunicarse con el poeta sevillano, cuyo nombre había salvado ya las paredes del aula y comenzaba á correr de boca en boca?

García Gutiérrez no sólo adivinó en su admirador y naciente amigo un gran poeta, sino que le aconsejó que viniese á la corte, donde podría hallar ancho campo á sus glorias.

Dejó, pues, Ayala los estudios, colgó los hábitos y emprendió el camino de Madrid en busca de nuevas y desconocidas aventuras. ¡Mal año para los padres que se empeñan en creer que sin carrera fija y determinada no se puede ser nada en el mundo! Dadme un joven de talento, y no le enseñéis por dónde debe encami-

nar sus pasos, ni á qué férula debe someterse. Decid á vuestros hijos que el autor del *Ingenioso Hidalgo* no fué más que soldado; el autor del *Hamlet* un cazador furtivo primero, y después ayuda de cámara, y luego apuntador de comedias; dejadles seguir el impulso de su voluntad, que tal vez de un mal estudiante sale un gran poeta, un autor inmortal y un gobernante famoso.

En 1849 llegó Ayala á Madrid.

Aquí sintió la primera vocación por el teatro. No tardó en dar á la escena su primera comedia *El Hombre de Estado*, que si no obtuvo un éxito extraordinario, reveló ya un autor de grandes bríos.

Reveló algo más, porque en aquel drama se adivinaba un hombre político, en quien sin duda esperaban tener un cofrade amigos suyos á quienes conservó siempre fraternal cariño.

Cristino Martos y Adelardo Ayala fueron siempre íntimos amigos. El mozo del billar de la calle del Lobo les ha llevado la cuenta de muchas carambolas; y los Farrugias, Lhardy y Fornos del café Europeo podrían atestiguar el buen apetito de estos dos hombres célebres.

Era entonces Ayala un joven tan vigoroso y tan fuerte, que se cuentan de él terribles alardes de fuerza. Un su amigo extremeño, que no

pasa porque Guadalcanal pertenezca á Sevilla, le apellidaba *el Sansón de Extremadura,* como á García de Paredes.

Salían cierta noche del teatro Español dos actrices en un coche de cuatro asientos. El ya aplaudido autor, joven y bromista, les rogaba que no se marcharan. Ellas con más prisa decían al cochero que partiese, y entonces él..... cogió con ambos puños una de las ruedas traseras..... y el coche se detuvo. ¡Oh, Hércules fronterizo! exclamaría Moreno Nieto.

Moreno Nieto, como Martos, ha sido siempre íntimo amigo de Adelardo Ayala. Poco á poco la gente de más valía se iba agrupando alrededor del poeta, que ha conservado siempre estas intimidades, sin que jamás le hayan tornado vanidoso ni ridículo, como á otros, los triunfos de la gloria, ni las sonrisas de la fortuna. Con media docena de amigos se asoció, á poco de verificarse el motín del 54, para redactar con ellos el *Padre Cobos.*

¡El Padre Cobos! ¿Quién ha podido olvidar este celebérrimo periódico? Llegáos á un puesto de libros que hay limítrofe de la iglesia de San Luis, y preguntadle al dueño cuánto quiere por una colección del *Padre Cobos* que allí expuso como cosa rarísima, y os pedirá veinte ó treinta pesos, añadiendo que no la hay en ninguna otra parte; y tendrá razón, porque esa colección se busca con el mismo afán que una prime-

ra del *Amadis de Gaula* ó de la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro.

El Padre Cobos es toda una época, y las nombres de los redacctores de aquel chistosísimo periódico han quedado impresos en la memoria del público. Allí escribieron Selgas, Pedroso, Nocedal, Suárez, Brabo, Garrido y otros tantos, que sin el favor ni la protección, antes por sus propios méritos, han llegado á merecer los honores de lo que se llama una *reputación sólida* en el mundo de las letras.

Por allí andaba también un músico ya famosísimo en España, y con quien Ayala hizo tan buena amistad, que desde entonces hasta la muerte de Ayala no se han separado un instante. El mismo techo los cubría, la misma chimenea los calentaba; dos hermanos parecían según la vida interior que hacían juntos. Tan unidos y hermanados estaban, que su criado oyó todos los días esta frase á alguna persona que llamaba á la puerta.

—¿Está el Sr. Ayala?

—No, señor; sólo está D. Emilio.

—Es lo mismo.

Lo mismo era, en efecto, porque ellos fueron dos personas y una sola voluntad, como lo eran Eguilaz y Luque. Don Emilio es el maestro Arrieta, el autor de *Marina* y de *Ildegonda*, el músico de más entusiasmo y de mejor gusto que conozco; hombre á quien le suenan los se-

sos, como decía su amigo, porque era muy frecuente hallarles en alguna noche de invierno sentados frente á la chimenea silenciosos y pensativos, y en uno de esos momentos en que los dos pensaban de seguro algo bueno, Arrieta tarareaba distraído y Adelardo exclamaba:

—¡Eh! ¡Despierta! ¡Que te suena la cabeza!

Arrieta, á quien nos complacemos en recordar aquí, tenía adoración por su amigo. Era el espectador más conmovido en sus estrenos, el lector más apasionado de sus obras. Sabe de memoria hasta el último verso que su amigo hizo; fué el *fidus Achates* del ilustre poeta, dechado de la amistad *rara avis in terra.*

Cuando el *Padre Cobos* fué denunciado, Ayala hizo la defensa ante el Tribunal de Imprenta, y desde aquel día se dió á conocer como orador notable. Una voz poderosa, una figura atractiva, unidas á una inteligencia superior, tenían que dar por resultado un orador de gran fuerza. No era difícil, por consiguiente, que el ya aplaudido poeta arrebatase al auditorio, consiguiendo que amigos y adversarios le aplaudieran, viendo en él una esperanza de la tribuna, que bien pronto fué realidad. Si no nos hubiéramos propuesto hacer caso omiso de la política en esta ocasión, pudiéramos citar aquellos célebres discursos que han formado época en los fastos parlamentarios.

Pero no tenemos para qué citarlos aquí;

como al principio hemos dicho, Ayala es ante todo el poeta, el dramaturgo sin igual: es el autor del *Tanto por ciento*.

III

La aparición de esta célebre comedia fué saludada con tan universal aplauso, que durante un año no césó de hablarse de ella; hoy día de la fecha se aplaude como si por primera vez se viera.

Hartzenbusch gritaba desde su butaca la noche del estreno: *¡Calderón ha resucitado!* A los pocos días la prensa de España y del extranjero saludaba al poeta regenerador con universal encomio. Desde entonces el nombre de Ayala vive constantemente en la memoria de todos.

Ya en *El Tejado de vidrio*, que habían representado Romea, Arjona, Tamayo, Teodora *(non bis in idem,* autores contemporáneos!) se anunció el gran dramaturgo que pronto habría de aplaudir la multitud. La lectura del *Tanto por ciento* en Valencia ante un círculo de literatos y amigos habría traído á Madrid el eco de gratas y risueñas esperanzas, y la gran Teodora interpretó de tal manera la obra, que hizo decir á uno de nuestros más eminentes literatos en el saloncillo: «Señores, yo no ví á la Rachel; pero si no hacía lo trágico como esta actriz ha hecho

hoy lo dramático, *no paso por la reputación de la francesa.*

Era, en efecto, notable la manera de decir.

¡Soy honrada, y aunque crea
El mundo lo que sucede,
El orbe entero no puede
Hacer que yo no lo sea!

Estrenaron la famosa comedia Teodora, Delgado, Casañer, Mariano Fernández, Alisedo, la Valverde y Elisa Boldún, *jóven actriz llena de gracia y desenvoltura*, como dicen los periódicos de aquella época, que hizo la criada con general aplauso.

Estrenóse *El tanto por ciento* al fin de la temporado, y hubo que prolongarla. Madrid entero acudió á verla; los teatros de provincias la repitieron sin pérdida de momento. Fué un verdadero acontecimiento, y los escritores madrileños ofrecieron por suscripción una corona al autor de la comedia, expresión fiel de toda una época. Una noche, al terminar la actriz la novena representación de la obra, cayó al escenario un sencillo ramo de peonías, dentro del cual había un tosco papel, y en él escritos con lápiz estos versos:

Quien estas flores te arroja
El alma entera te da;
No serán dignas quizá
De que Ayala las recoja.

Ninguno á tu ingenio iguala,
Que se eleva sobre el sol:
Salva al teatro español,
¡Y Dios te bendiga, Ayala!

¿Quién era el misterioso autor de estas dos redondillas, escritas tal vez á vuela-pluma en el fondo de algún palco, en diminutas letras, cuyos rasgos denunciaban la mano de una mujer? Nadie; ni el mismo autor lo ha sabido hasta la fecha.

Ayala, después de este gran triunfo escénico y dados sus antecedentes, no podía dejar de figurar en aquel partido cuyo ilustre jefe se apoderaba de toda la juventud sobresaliente. O'Donnell tenía el amor de todo lo grande, y Ayala fué su amigo; diputado varias legislaturas, orador vehemente y de elocuencia arrebatadora, fué durante el mando de la unión liberal, y después hasta la muerte, alma de los suyos y constante mantenedor de las glorias del Parlamento.

España se enorgullecerá siempre de contar entre sus hijos al ilustre poeta. Sus amigos, que fueron cuantos le trataron, reconocen en él todas las cualidades que hacen á los hombres admirables y estimados.

Nada más encantador que aquella modesta casa de la calle de San Quintín, donde de ocho á once de la noche había siempre un círculo de amigos íntimos que en torno á la mesa donde

el poeta ilustre y el músico popularísimo habían comido, hablaban, discutían y discurrían sobre los sucesos del día en verdadera intimidad familiar, que nunca turbaron ni las glorias de la escena, ni el esplendor del poder, ni las prosperidades de la vida. Había allí una sencillez tan atractiva y una intimidad tan sincera, que no se concebía sino viéndola. Allí, entre el torbellino de palabras de Moreno Nieto, y las severas observaciones de Martín Herrera, y las entusiastas frases de todos los demás, las horas del invierno se deslizaban como instantes en torno á la chimenea del poeta ilustre, que fué siempre un hermano para sus amigos y compañeros.

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS

De toda la que llamamos generación anterior, entre la cual me cuento, aunque no soy tan viejo de edad como de ilusiones, el autor dramático más celebrado y respetado es sin duda ninguna aquel que lleva por nombre el que estas líneas encabeza.

Y sin embargo, dicho nombre no figura al frente de ninguna de sus obras; y si le oísteis á él os diría, después de una carrera escénica brillantísima, que jamás tuvo nada que ver con el teatro.

Cosa singular, extraño caso.

Desde que escribió la *Locura de amor* en adelante, D. Manuel Tamayo y Baus ocultó su nombre, ó quiso ocultarlo. ¿Era un voto? ¿Un alarde de sincera modestia? ¿Por qué renunció de pronto á los aplausos y á la gloria?

No se sabe. Pero su decisión fué tan enérgica

y la llevó á cabo con tan resuelta disimulación, que no hubo manera de aplaudirle de frente. Veía sus propias obras como un espectador cualquiera, y al que le daba enhorabuenas se las rechazaba casi enojado. Llegó á hacernos dudar á todos. Pero hay algo en las letras que no puede ocultarse, y es el estilo, y el estilo es el hombre y para nadie es ni será un secreto que las grandes obras dramáticas de estos cincuenta años son suyas, del propio D. Manuel Tamayo, aunque quiera llamarse en la República de las letras Joaquín Estébanez, que nada tiene que ver con el célebre republicano Nicolás del mismo apellido.

¡Qué época aquella en la que Estébanez-Tamayo dió al teatro sus obras, ya inmortales!

Había una pléyade de autores que aún no habían caído en la imitación mala de las monstruosidades francesas de ahora.

No había decadentes, ni estetas, ni escuelas de cosas estrafalarias que parten de Francia y que inficionan el mundo. Aún no había puesto en moda Zola la anatomía de los vicios, ni el vocabulario de palabrotas del arroyo. La literatura no tenía nada de repugnante, y el arte dramático consistía, según deseaba Madame Stael, en conmover el alma, ennobleciéndola.

Las comedias eran comedias y no estudios sociales ni exposición de miserias. Sabía el autor que el público del teatro se compone de sabios

y tontos, de personas ilustradas é incultas, que es esencialmente impresionable y que hay que hacerle sentir como quiera que sea. No se llamaba todavía convencionalismo al arte de la escena, que será eternamente convencional, porque allí donde todo es ficción no es posible hacer realismo. No se había convertido, en fin, la escena en anfiteatro; el anfiteatro estaba en las galerías.

Y por aquel entonces se escribieron obras que no pueden morir, y que se llaman *El hombre de Estado*, *La bola de nieve*, *Simón Bocanegra*, *La venganza catalana*, *El ramo de oliva*, *Don Francisco de Quevedo*, *El hombre de mundo* y el *Drama nuevo*.

No se resolvía en ellas ningún problema; no pintaban costumbres bajas ni pasiones malsanas; no abundan en adulterios, incestos, locuras, monstruosidades y aberraciones. Eran dramas, eran comedias, se hacía teatro, se escribían obras teatrales.

D. Manuel Tamayo se puso muy pronto á la cabeza de los autores de su tiempo, sin bullir, sin figurar, sin correr tras las empresas teatrales. Fué siempre un trabajador modesto, encerrado en su casa.

De familia de artistas, hijo de la gran Baus, actriz celebrada en su tiempo, tal vez destinado como su hermano Victoriano á la escena, prefirió los estudios literarios.

Como Menéndez Pelayo, Selgas, Cañete, Fernández Guerra y otros literatos ilustres, no fué de ideas liberales. Contrastó con la juventud de su tiempo, que era progresiva ó revolucionaria. Pero como esto nada tiene que ver con la literatura, aunque muchos pretendan lo contrario, no le impidieron sus aficiones reaccionarias y extra-católicas llegar muy pronto adonde otros con iguales méritos tardan mucho. Muy joven fué académico y por simpatías personales elegido secretario perpetuo de la Corporación.

Allí, en su rincón de la calle Valverde, estudió y trabajó, lanzando su trabajo al público, que le aplaudió más desinteresadamente que á nadie.

Porque es evidente que hay dos clases de autores; los que están constantemente en comunicación con la multitud y viven con ella y establecen con el público una especie de intimidad, y los que lejos del mundo saben de él por los periódicos ó por lo que la voz pública les dice de cómo son estimados por aquella masa de lectores ó de oyentes para quienes producen.

Unos, esencialmente populares, personalmente conocidos del centro ó región donde viven. Sus menores actos privados son conocidos, sus biografías las conoce todo el mundo.

Otros, silenciosos y ocultos, creando, en persistente labor, obras hechas á toda conciencia con tiempo y vagar suficientes á la perfección

del trabajo. Así es Galdós, así es Pereda, así era Tamayo cuando escribía comedias ó dramas.

Tiempo hacía que no las escribía. Desde la noche del estreno de *Lances de honor*, el nombre de Joaquín Estébanez no ha vuelto á aparecer en los carteles de los teatros. Pero bastan á su fama las obras anteriores. *Más vale maña que fuerza*, *Lo Positivo*, *La Rica hembra*, *La bola de nieve* y el *Drama nuevo* no morirán y el nombre del autor de estas obras será imperecedero.

De todas sus comedias, la que obtuvo éxito más colosal fué sin duda alguna el *Drama nuevo*, y las traduciones que de ella se han hecho á varios idiomas prueban la universalidad de la gloria de nuestro dramaturgo.

Se estrenó en el teatro de la Zarzuela, convertido en teatro de verso por Gaztambide, quien después de un año malísimo para aquel teatro y convencido de que el género lírico caía ya en lastimosa decadencia, varió de rumbo de espectáculo y contrató una compañía de verso en la que figuraba como primer actor D. Victorino Tamayo, artista muy conocido y aplaudido en provincias, pero que hasta entonces no había figurado como primer actor en Madrid.

Tal vez por ser hermano del gran autor le contrató aquella empresa, y esto era de buena y hábil política, porque habiéndose resistido *el apoderado de D. Joaquín Estébanez,* que así se lla-

maba á sí propio D. Manuel, á dar la obra á ningún teatro, acaso se resolvería á confiársela á D. Victorino.

Y así fué. D. Manuel Tamayo, *por encargo*, según dijo, llevó el *Drama nuevo* á la Zarzuela. Por encargo presenció los ensayos y por encargo se enteró, impasible, del éxito inmenso que el drama obtuvo.

Le estrenaron Teodora Lamadrid, Victorino Tamayo, Rafael Calvo, que empezaba su carrera en Madrid, Oltra, y D. Juan Casañer, que hacía el padre de Shakespeare.

¡Qué noche! No se me olvidará. Desde el primer acto, al final, se notó ya en el público un interés extraordinario, y en él y durante todo el drama la emoción fué tan grande como la novedad de la obra y de los procedimientos para desenlazarla.

Y no supimos qué admirar más por aquellos días, si el delirio del público por tan grande autor y su empeño de obligarle á declarar su verdadero nombre, ó el aspecto plácido é indiferente al éxito del popularísimo creador del drama.

Yo he atribuído siempre la singular actitud de Tamayo y su manera de ser literaria en sus relaciones con el público á voto religioso.

Porque D. Manuel Tamayo no era ni hipócrita ni fariseo. No era de esos que alardean de cristianos y en sus actos son peores que los fal-

sos adoradores de Dios á quienes el Cristo anatematizó, y cuya raza dura todavía; no mintió, no pidió aplausos con falsa modestia.

Hizo, con toda sinceridad, el sacrificio de su propia gloria, porque ya Jesús de Nazareth lo dijo: «Quien habla de sí mismo su gloria busca.»

Nada hay que decir del autor, porque es tan conocido que ni necesita nuevas biografías ni elogios nuevos. Del hombre sí puede decirse que fué en su vida privada el modesto Joaquín Estébanez de siempre. Aislado de las alegrías y vanidades humanas, enteramente consagrado á su familia y á sus libros, á la vez Director de la Biblioteca Nacional y Secretario perpetuo de la Academia Española, en estas dos casas se pasó su vida, y para verle había que ir á ellas, porque apenas salía y sólo vivía para el trabajo. Afabilísimo en el trato particular, amable hasta la exageración, se desvivía por hacer un favor y no tenía ningún enemigo. Raro es el caso, sobre todo en el mundo de las letras, donde parece que todos nos odiamos, según es la guerra de dimes y diretes, chismes y cuentos, envidias y odios de que la literaria República está plagada.

De Tamayo no ha hablado nunca nadie mal. Registrando los periódicos de los últimos cuarenta años, sólo elogios del gran autor podrá hallar el curioso. Y en el extranjero como en su patria, antes que Estébanez y antes que Tama-

yo se le suele llamar el inmortal autor del *Drama nuevo*, para eterna gloria suya y de las patrias letras.

1898.

Tamayo íntimo.

Era muy dulce, muy atento, la corrección misma. Sumamente religioso (carlista, según otros), era, por consiguiente, humilde.

En su traje, siempre sencillo, vestido de negro. Parecía un curial, ó algo así. Como todos los hombres que viven trabajando, no se ocupaba de su persona. Un pantalón negro, una levita negra, un chaleco negro. Hay que ser ó aristócrata ó vago para tener tiempo de vestirse mucho.

Era muy caritativo. Se echaba un puñado de cuartos al bolsillo cuando salía de su casa y los daba á cuantos pobres le pedían, y se volvía sin un céntimo.

Ejercía de católico. *Su olla, su misa y su Doña Luisa*, como dice el refrán antiguo. Su interior, su mujer y sus rezos.

Fué casado dos veces; hizo dichosas á dos mujeres.

* * *

La manía de ocultar su nombre ha sido célebre.

¿Por qué le ocultó á apartir de *Lo positivo?*

Nadie lo ha sabido nunca. Alguien ha dicho que fué un *voto*, una mortificación.

No hay nada que atraiga y seduzca más que la gloria personal, esa que tocan y ven los oradores, los cómicos y los autores dramáticos.

Tamayo se propuso ocultar su nombre y renunciar á toda gloria. Se llamó *Joaquín Estébanez*, é inventó unas cartas muy raras en las que el tal Estébanez rogaba al Sr. D. Manuel Tamayo que le ensayara sus comedias.

Tamayo tenía el valor de ir al teatro, ensayar el *Drama nuevo* como por encargo (yo lo ví), y enojarse cuando se le indicaba que el drama podía ser suyo.

Para esto hace falta ser un carácter. Y Tamayo lo era.

*
* *

Un poco, un si es no es, *más si es que no es*, como dijo el otro, violento de carácter, anticuario, no vanidoso, pero orgulloso.

Son vanidosos los tontos, los que buscan reclamos, y honores, y títulos, y cruces, y vanidades humanas. Son orgullosos los que tienen conciencia de su propio valer. El orgulloso tie-

ne la ventaja de que el orgullo le evita tener envidia.

Como su inseparable amigo Cañete, tenía el genio vivo, la respuesta pronta, y aquello que creía y sentía sabía defenderlo con certeza y á veces con violencia.

Nos unió siempre buena amistad, pero yo evitaba hablarle de política, porque en oyendo hablar de democracia saltaba:

—¡Piliería! ¡Ateismo! ¡Negación de toda la vida española!

Y al verme soltar la carcajada se irritaba más, exclamando:

—Ya sé que va usted á atacar á los neos. ¡Pues haga usted cuenta que lo soy, y no me dirá nada!

¡Qué le había yo de decir si le quería y respetaba tanto!

* * *

París le seducía, le encantaba.....

Los ahorros se los gastaba en ir allí y en encontrarlo todo superior á todo lo del mundo.

Pero *comparada*. Y ese es el mal, la eterna equivocación de los españoles que viajan..

En el extranjero se complacen en comparar y en encontrar muy malo todo lo de España.

No es eso. Hay que ver y admirar sin comparar, porque entonces resulta uno mal patriota.

Cada uno es cada uno, y naide es mejor que naide, le decía yo.

Sí, señor, pero es que aquello no.....

Y para detenerle en sus ímpetus de entusiasmo le decía:

—Allí son creyentes y aquí son volterianos.

Y D. Manuel, alma de niño, se entregaba enseguida.

*
* *

Como autor dramático, se retiró y se aisló cuando sus *hombres de bien* no gustaron.

—¿Y qué prueba eso? le decía yo paseando muy lejos de Madrid.

Las obras no son para hoy, son para mañana. Acuérdese usted del pateo del *Sí de las niñas*.....

Tamayo guardó rencor al público. Hizo bien, pero nos privó de obras que sin duda alguna deja en cartera.

*
* *

Su carácter queda descripto en la nota que figura al pie de su esquela mortuoria:

«Por disposición testamentaria, no se admiten coronas.»

¡Eso es grande, porque es humilde, porque es cristiano!

Junio 1887.

Cánovas íntimo.

Era Cánovas en la intimidad afable y jovial. La fama europea que deja de violento y duro, no puede ni debe aplicársele más que en los casos en que hacía falta que lo fuera. Nació para gobernar, y no es para gente dulce y melosa lo de mandar á todos, todo mando es violento, y Cánovas *mandaba*. Autoritario, ¿quién puede negar que lo era?

Pero en la vida íntima era amabilísimo, y sobre todo, ocurrente como pocos.

Sus millares de frases han quedado: son chistes que han corrido siempre de boca en boca. De sobremesa, en el salón de conferencias, en un baile, en una *soirée,* se le rodeaba para oirle, porque todo el mundo estaba seguro de que había de decir algo bueno.

Era muy sobrio. Comía lo que debía comer, bebía muy poco, no fumaba. Con tanto como

leía, le quedaba tiempo para hacer ejercicio y tomar el aire del campo. Su vida estaba tan equilibrada como su cerebro. De soltero viajaba como un particular, sin darse tono de personaje; acompañado de aquel Ramón á quien tanta fama le dió, visitaba las capitales y sitios pintorescos de Europa, huyendo de periodistas y de impertinentes.

Su vicio eran los libros. Pocos españoles habrán leído más que él. No era vanidoso de honores, títulos ni grandezas. Acaso la resistencia de su viuda á que se le hiciera un entierro aparatoso, ha sido porque sabía que quería honras modestas. Si como le dió por conservador le hubiera dado por liberal, tal vez llevaríamos treinta años de República. Sus grandes amigos íntimos eran Martos, Castelar, hombres de la Revolución. Acaso no fué él quien escribió en el programa de Manzanares: *¿Queremos arrancar los pueblos á la centralización que los devora, dándoles la independencia local necesaria para que conserven y aumenten sus intereses propios...?* Regionalismo puro, que luego tuvo que convertirse en supresión de fueros, porque los hombres hacen lo que las circunstancias piden.

Conservador liberal llamó á su partido. ¡Lástima que no pudiera haberlo llamado liberal á secas!

En su trato íntimo daba definiciones que no morirán.

¿Estaba de buen humor? Pues decía de los españoles que eran *franceses sin dinero.*

¿Estaba de humor negro por sobra de rebeldes que gobernar y de conflictos que resolver? Pues decía que había de reformar el artículo primero de la Constitución, y sustituírlo por este otro:

Son españoles: ¡Todos los que no pueden ser otra cosa!

En sus odios era implacable, y hacía más daño con un chiste que con un decreto.

De un noble diplomático dijo que era un *tonto ilustrado,* frase profunda, porque hay quien sabe mucho y no tiene talento ninguno.

Le llevan un día á la firma nombrando caballero de no sé qué á uno que ya había logrado empleos y situaciones altas.

Y D. Antonio exclama:

—¿Quiere ser caballero? Pero... ¿tan mal le ha ido de plebeyo?

En cierta ocasión, un conspícuo personaje de esos que alternativamente pasan sobre uno ú otro platillo de la balanza gubernamental española, negó su apoyo á D. Antonio para prestárselo á D. Práxedes al día siguiente.

—¿Sabe usted lo ocurrido?—le dijeron á Cánovas.

—Sí; pero no me da cuidado. Fulano es como las bombas: no hace daño más que donde cae.

Un amigo le dice de un orador famoso:

—Dice Fulano que tiene condiciones hasta para s r rey de España.

—No lo dudo,—contesta Cánovas;—lo que dudo es que forme dinastía.

No se acabaría de contar lo que en forma festiva y jovial ha dicho en su vida.

Por el año 76 le dijo un político de poco más ó menos en una reunión que había en la Presidencia:

—D. Antonio, usted me puede hacer hombre con una palabra, porque el público le da siempre importancia á lo que le parece misterioso. Mañana va usted al teatro Español, ¿es verdad?

—Sí, señor; tengo un palco.

—Bueno, pues á mitad de un acto me hace usted seña para que suba, y delante de todo el mundo me dice usted cualquier cosa al oído, lo que usted quiera, aunque no sea más que «¡vaya usted á la... porra!

Y D. Antonio inmediatamente.

—Si tiene usted interés en ello, prefiero decírselo á usted ahora mismo.

Las señoras le tenían aburrido á peticiones.

—Estará usted harto de nosotras,—le decía la duquesa de***

—No, señora; yo no me enfado por lo que las señoras me piden, sino por lo que me niegan.

En esto de los chistes era inagotable. Pero una vez en el ejercicio de sus altas funciones, ¡qué severidad! ¡qué dureza en el mando! Sólo

así pudo imponerse á un partido de grandes de España, de generales, de banqueros. Hubiera hecho un buen militar; y de milicia sabía mucho.

Mal enemigo, y algo sé yo de eso, pero también amigo muy fiel, y esto me obliga á no recordar sino en los tiempos en que nos quisimos bien y á sentir su muerte acaso más que muchos que la lloran por personal interés, por que yo de él ya no esperaba nada. Pero ¿quien no tenga el corazón pequeño puede olvidar las atenciones recibidas?

—Querido *Mondragón*, me decía un amigo común recordando mi seudónimo de París; ya no volverá usted á bromear con el maestro de los chistes, porque cada día les veo á ustedes más lejos.

Y el ilustre español ha muerto junto á *Mondragón*, casi al lado mío.

Agosto 1897.

Manuel del Palacio.

Treinta años hace que el académico de hoy y yo éramos compañeros y camaradas en la prensa que entonces se llamaba «democrática» y que ahora en estos tiempos de evolución y de anarquismo, pudiera pasar por «conservadora.»

Treinta años hace que dura nuestra amistad, que nos hemos visto, escrito, comunicado de cerca ó de lejos. Treinta años hace, en fin, que trabajamos los dos y hemos visto crecer á nuestros hijos y los veremos pronto convertirnos de padres en abuelos...

Los dos venimos de abajo. El Sargento Simón dió al mundo este escritor festivo, regocijo del público, y el arquitecto zaragozano me echó á mí á buscármelas por el mundo como pudiera.

Somos, pues, dos roturiers, como dicen los franceses que cada cual, por distinto camino,

hemos hecho el nuestro, por más que yo crea que quien ha hecho el suyo es él, porque yo, como dice aquella copla antigua:

Desnudo nací
desnudo me hallo,
ni pierdo ni gano.

ni me importa nada que es lo esencial para ser dichoso.

Como á todos los camaradas de entonces, veo á este ahora levantarse, crecer, tocar las nubes y llegar á la Academia. Bueno. Si en esto consiste la felicidad del hombre de letras, sea muy enhorabuena. Fígaro hizo aquél epitafio del hombre que al morir podía decir: «Aquí yace un hombre que no fué nada, ni siquiera gobernador de provincia.» Daudet me ha dicho muchas veces que su gran campaña literaria acabará diciendo:» Ni fuí académico, ni lo quise ser.» Cada uno se entiende y se baila solo.

Yo me bailo solo hace tantos años, que no quiero ser nada, que no le pido á Dios sino ver á mis hijos dándome nietos, á mis compatriotas reconociendo mi sinceridad, á los españoles queriéndome como hermano, y á los franceses, italianos, alemanes ó rusos, estimándome como á individuo de la humanidad que un día será una é indivisible, yo, repito, siento una verdadera satisfacción al ver á *Manolico* tan contento, diplomático ó gran cruz, comendador, académi-

co, desahogado, y he querido ser aquí quien celebre su ingreso en ese tribunal, areópago, dirección general de la palabra, refugio de los sabios y de los trabajadores, resumen de la vida dedicada á las letras.

Y no se enfade mi amigo de mi alma si le llamo *Manolico*, porque entiendo que el público, *ese* que nos lee y nos sigue, y nos aplaude y nos apedrea, el vulgo, la multitud, la *masa*, el soberano; el que eleva á las barricadas y destrona á los príncipes, el que va á ver á Prim ó á ejecutar á la Bernaola, *ese* que vive de sentir y de pagar, alma sencilla á quien gobierna una docena de caballeros ó hacen llorar otra docena de poetas; ESE se forma para su uso la fisonomía de cada uno de nosotros y nos llama á unos *D. Antonio*, á otros *Felipe*, á estos Romero á secas, á aquellos Salmerón *tout court*, al embajador de Su Majestad *José Luis*, y al torero célebre *el Califa*; ESE verá siempre en el Sr. D. Manuel del Palacio, académico de la lengua, al alegre *Manolito* de ayer, al poeta popular, al de hace treinta años. D. Manuel Becerra, su tocayo, me decía en cierta ocasión (y aplíquese el cuento): «Se cambia de partido, se cambia de ideales, se cambia de jefes, se cambia de escuelas, pero no se cambia de criterio.» El público nos fotografía á todos á los veinticinco años y se guarda el cliché en el bolsillo.

Manuel del Palacio, ha llegado al alto honor

literario *oficial*, y yo lo celebro con todo mi corazón. Hélo en la Academia, donde ni están todos los que son, ni son todos los que están. Va á figurar al lado de aquel fenómeno de sapiencia y de acumulación de talentos, que se llama en Europa Marcelino Menéndez Pelayo, y que es él solo la Academia entera. Estará al lado del gran maestro de la palabra; Castelar; del popularísimo Campoamor, *el que ha de quedar;* del gran Tamayo y del ilustre Silvela; del grandísimo escritor Castro y Serrano; de ese gran don Antonio, gloria indiscutible de las letras españolas (y no dirá que soy rencoroso); del universal Echegaray; de los Galdós, Núñez de Arce, Balart, y tantos otros senadores literarios por derecho propio, Hallará allí medianías ilustres, que á la sombra de la política que todo lo envenena, ó de la paciencia que todo lo logra, han entrado á empujones y á riesgo de ser ahogados en el barullo que hay siempre á la puerta. Podrá decir, en fin, que el fin corona la obra y que el Santo Oficio de las palabras, le ha declarado hoy impecable, si ayer le creyó hereje.

El triunfo es de todos los que empezaron con él y la apoteosis de una generación que comenzó tirando con bala rasa á la Academia. Yo que nunca la ataqué y que cuando sea viejo del todo echaré mi memorial como los otros, porque á eso está uno, y para todas las vejeces debe de

haber asilos, y para todos los que han peleado cruces laureadas, celebro como mío propio el triunfo de un amigo y compañero. Le ví nacer conmigo á la vida literaria, luchamos juntos por todas aquellas grandes cosas que luego se han convertido en agua de cerrajas, y juntos creo yo que pusimos la ropa á secar, como decía Becquer, vinieron para él los tiempos de recolección y le seguí en su carrera diplomática, y le admiré como poeta lírico, y le celebré como padre amantísimo, y cuando allá en París leí que era candidato á la Academia y académico electo, sentí la misma satisfacción que me procura ahora ver á los compañeros de colegio transformados en ministros, senadores, obispos, tenientes generales, millonarios, mientras yo, continuando mi modesta labor, creo, como el Cristo, que mi tiempo no es llegado y que cualquiera que beba de esas aguas de la ambición humana volverá á tener sed; mas el quebeba el agua que yo le daré, su sed calmará. Y allá lo veremos.

Reciba este amigo de toda la vida mi más cordial enhorabuena y crea que no deseo más sino poder algún día imprimir mis modestas obras para incluir en ellas este capítulo:

«Discurso sobre las vanidades humanas, pronunciado en su recepción como académico por Eusebio Blasco, con la contestación del excelentísimo Sr. D. Manuel del Palacio.»

Y en esto de la contestación tendré mucha más suerte que él. ¡Oh! ¡De eso no puede dudar nadie!

1894.

Emilio Mario.

DURANTE todo el invierno de 1879, al dar las cuatro de la tarde, hora en que terminaban los ensayos del teatro de la Comedia, Emilio Mario y yo salíamos cogidos del brazo y emprendíamos el mismo invariable camino.

Por la calle de la Gorguera á la de la Cruz, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calle de la Montera y calle de Hortaleza.

Al fin de esta última está el Colegio de San Antonio Abad, que sabiamente dirigen los Padres Escolapios; y en ese colegio íbamos á visitar al hijo primogénito de Mario, que nos esperaba jugando en el patio, donde doscientos muchachos saltaban y corrían sin miedo al frío, ó en el gimnasio, donde los más endebles fortalecían su salud con ejercicios musculares.

Por el camino, Mario y yo discutíamos sobre su trabajo ó el mío, calculábamos la manera mejor de sostener lo que entre bastidores se llama *el calor del teatro*, y más de una tarde, al salir del colegio, donde él había abrazado á su hijo, y yo pensaba llevar pronto á los míos, nos hacíamos esta pregunta, que era el resumen de muchos años de amistad invariable:

—¿Somos nosotros aquellos de marras?

Efectivamente, nunca con más propiedad puede aplicarse la conocida frase:

—*Quantum mutatus ab illo!*

De todos los contemporáneos cuya vida íntima me he propuesto dar á conocer á grandes rasgos, ninguno más íntimo que este actor, á quien mis obras dramáticas deben tanto y al que profeso tan entrañable cariño.

—

Mario no se llama Mario; mejor dicho, Mario no es un apellido.

Se llama Mario Emilio López; pero López le pareció á Eguilaz un apellido vulgar para la escena cuando vió al joven sargento de carabineros decidido á abrazar la carrera del teatro; y á cambio de un ajuste, le exigió que trocara el nombre en apellido.

Porque Mario, ese Mario á quien véis vestido de frac y corbata blanca, haciendo con tanta

soltura nuestras modernas comedias de costumbres, ese Mario de hoy ¡ha sido ayer carabinero!

Es hijo y nieto de militares; su abuelo murió en los campos de Bailén. Su padre era oficial en el regimiento de España. Emilio fué carabinero; pero su afición no le llevaba á la milicia, y desde muy niño comenzó á hacer comedias en el teatro llamado de *Leganitos* por estar situado al fin de aquella calle. Era aquélla una sociedad de aficionados, en la que comenzaron también á darse á conocer Antonio Zamora y la sin igual Pepita Hijosa.

Soldado y cómico de afición, logró entrar en la Dirección de Carabineros en vez de hacer servicio, no tanto por descansar de las tareas del cuartel, como por ser á la vez empleado militar y actor. El año 1854 entró como alumno en el Conservatorio. Fué su maestro el gran Luna, que le desalentó cuanto pudo, y Dios se lo perdone. «¡Nunca será actor!», le decía constantemente; y en dos años que le tuvo á su lado no cesó de disuadirle de su empeño. «Dedícate á otra cosa, muchacho, exclamaba; no tienes madera de actor, te lo aseguro.»

Guzmán opinaba todo lo contrario, y le prometió que había de salir muy pronto al teatro y había de ser aplaudido en él muy de veras. No se engañaba el gran cómico de este siglo. En el año de 1856 se propuso presentar al público del teatro Español *seis criaturas* á representar una

loa con motivo de una fiesta patriótica, y, en efecto, el público recibió á todos bien y en todos vió esperanzas para la escena.

Cuatro de aquellos actores nacientes eran Olona, Manini, Zamora y Mario.

De los cuatro, sólo Mario ha llegado al fin de su carrera sin vacilaciones ni alteración alguna en el favor del público.

Zamora, con su carácter novelesco y desordenado, ha descuidado siempre sus notabilísimas facultades, haciendo vida de caballero y disfrutando del mundo alegremente.

Olona tuvo un fin trágico. Se casó. Rico y práctico, vive á todo *confort* en el seno de una familia cariñosa, y todas las tardes le podéis ver á caballo en paseo; gordo y colorado, fuerte y robusto y vendiendo salud, conjunto extraño de cazador y de banquero. ¡Aquel Olona que era el encanto del público y el galán de las espectadoras!

Manini ahorcó los hábitos de actor y se dedicó á la música en cuerpo y alma. Recorrió la Italia, cantó el repertorio de Verdi ó de Bellini, volvió á la patria, se reconcilió con Talía, y por ahí anda otra vez diciendo versos.

Mario, impertérrito, constante, *empeñado en ser*, lo logró. Se hizo actor á fuerza de disgustos. Si *el genio es la paciencia*, Mario debe ser un genio. Observando al público, corrigiéndose á sí mismo, estudiando á solas, este actor lo debe

todo á sí. ¿Se quiso vengar de Luna? Indudablemente está vengado.

Eguilaz y *Olona el viejo* eran co-empresarios del teatro Español, y ajustaron á Mario, después de haberlo visto hacer en el Instituto una comedia de Narciso Serra.

También Narciso Serra era cómico entonces; cómico fatal, deplorable, que, al revés de Mario, dejó el teatro por las armas, convencido de que no servía para el caso. Serra era poeta sobre todo, y entre gritas y hambres, había escrito *El Querer y el rascar*, que fué como el embrión de su *Don Tomás*. Esta fué la comedia que Eguilaz les vió representar á Mario y á Serra.—¿Quiere usted ser actor? le dijo Diego Luque á Mario. —El cuento es, respondió éste, que yo soy militar y no puedo dedicarme al teatro.

Se calculó el tiempo que le faltaba *para cumplir*; Eguilaz sacó un permiso para que el soldado pudiera trabajar, y Mario se ajustó en treinta y ocho reales diarios, haciendo su primera salida con la mismísima pieza de Narciso Serra.

Era entonces Mario lo que se llama un guapo muchacho. Nada tenía de particular, pues, que anduviera en aventuras, y que con la sangre viva y las manos largas, se diera de estocadas con alguien y tuviera que salir de Madrid de prisa y corriendo, dejando ajuste, teatro y porvenir, y adelante con los faroles.

Pero tenía un amigo muy íntimo; un actor

cuya pérdida nunca lloraremos bastante público y autores. Este actor, que se llamaba Fernando Ossorio, era ya el ídolo del público. Mario aprendió á su lado más que en diez años de Conservatorio, y se ligó con él de tal manera, que fueron, como suele decirse, uña y carne. Ossorio se lo llevó á Alicante después de la tremolina, le ajustó como segundo galán, y juntos hicieron comedias y diabluras aquel y otro año, volviendo de nuevo á Madrid, donde fueron aplaudidos todo un invierno.

Ya Julián Romea había fijado su atención en Mario y le distinguía; y es menester haber conocido á Romea en su vida íntima para saber lo que significaba entre los actores la distinción de aquel coloso á determinadas personas.

Ser preferido por *Julián* era tener asegurado el porvenir. Era como la influencia en la política. Era hacer su camino por el atajo, y Mario desde el año de 1859 comenzó á ser en el gremio *actor de Julián*, como decían ellos, y seguirle á todas partes. El verano de aquel año, á Cádiz; el invierno siguiente á Sevilla; y desde el subsiguiente de 1861, en que Romea asentó sus reales en el teatro de Variedades, ya Mario no se separó de él ni un momento.

Murió Capo, que era el primer actor cómico de aquel diminuto teatro, donde tantas glorias alcanzaron Romea, Florencio, la Hijosa, la Berrobianco y Mario, y quedó éste definitivamente

ocupando el lugar primero en el género cómico.

¡Qué temporadas aquéllas! Un público escogido, si no muy numeroso, acudía todas las noches á oir las obras del repertorio de Romea, que ya no volverán á ser ejecutadas como entonces. El gran actor-empresario rendía allí culto al arte en perjuicio de su bolsillo, y si al comenzar la sinfonía entraba el representante y le decía que el público no había acudido al teatro, solía decir con la soberbia del genio:

«¡Peor para él!» Y hacía su comedia delante de doscientos espectadores con el mismo entusiasmo que si hubieran sido tres mil.

Allí había las inolvidables *Semanas de Moratín*, en que Romea cambiaba de papeles á su gusto y hacía cada noche uno distinto de la misma comedia, probando que todos los dominaba. Allí renacieron los sainetes de D. Ramón de la Cruz, en los que Mario comenzó á ser popular y á dejar el eco de su nombre en todos los oídos. Allí, en fin, hemos visto la ovación mayor que haya podido obtener cómico alguno, cuando después de una enfermedad larga y penosa volvió á parecer Romea en escena para hacer la famosa comedia de Ventura de la Vega.

Murió el gran actor y se dispersó la compañía. Mario propuso entonces á Gaztambide, empresario á la sazón de Jovellanos, la formación de una compañía de verso. Desde aquel año Mario fué á la vez galán y marido. Su vida varió por

completo. Se había unido á una mujer angelical, después de un noviazgo de nueve años, y ya no pensó sino en agrandar su reputación y su bolsillo.

El año 70 fué á la Habana con el gran Valero y la inolvidable Teodora. El 71 vuelve á España con algunos ahorros. El 72 torna á la isla de Cuba, convertido ya en empresario. Gran época de sus triunfos, uno de los cuales fué caracterizar de tal modo al personaje de una comedia, que el público creyó ver en escena á determinada persona. Vuelve á la patria y reaparece en la escena del teatro Español. Trabaja un año en Valladolid, y allí concibe y madura la idea de fundar un teatro esencialmente cómico, que abre sus puertas el 75, y es en seguida el teatro de moda.

Tal es el actor. ¿Queréis conocer al hombre? Pues el hombre es por naturaleza emprendedor, calmoso en los negocios, esclavo de los detalles. Es religioso hasta la exageración. No empezará obra nueva sin santiguarse dos ó tres veces. El carácter es indeciso, necesita consultarlo todo; enérgico en los ensayos, conciliador en la compañía, metódico en la vida privada. En su juventud hizo siempre dos cosas bien: el amor y las carambolas.

Este es Mario, en fin, nuestro galán cómico aplaudidísimo, y nuestro empresario afortunado hasta tal extremo, que, como le escribía yo en

cierta ocasión, para tí ¡oh *Mario!* todos los empresarios son *Silas*.

1880.

En 1862.

Cuarenta años de amistad íntima, cuarenta años de lucha por la vida y por el arte, juntos, unidos, tan pronto reñidos por cosas sin importancia y por efecto de una mutua nerviosidad, tan pronto abrazándonos llorando y deseando hacer las paces...

¡Qué tiempos aquéllos, cuando á la salida del ensayo del teatrito de Variedades íbamos á ver á las dos cursis de la plaza de la Cebada!

No era entonces Mario López el amantísimo padre de familia de hoy, es decir, de ayer, al morir...

Era soltero, guapo, muy elegante, con hábitos y costumbres militares, porque del ejército vino al teatro.

D. Julián Romea le tomó gran cariño, y al recibirle en su compañía, recién salido del Conservatorio, le quería como artista y como hombre, porque en aquel teatrito el culto del arte y de las aventuras amorosas iban unidos.

Mario soñaba ya entonces con la gloria que

después había de ganar. Pensaba en ser primer actor, director, empresario, y llegó á serlo todo.

Una tarde, á las tres, salimos juntos para ir á ver á las hijas del capitán retirado, que *cosían para fuera*, y nos dejaban verlas mientras *papá* jugaba su partida de dominó en el café del barrio.

Seguros de que el terrible capitán, cuyo mal genio era célebre en toda la plaza, no vendría, pasamos descuidadamente la tarde convidando á las muchachas á café con media tostada.

De pronto llaman á la puerta. «¡¡Papá!!» gritan las chicas...

Yo me salí por un pasillo, salté del entresuelo á un carro de paja que había en el patio. Mario no tuvo tiempo; le encerraron en un cuarto obscuro... Dieron las cinco, las seis, las siete... En el teatro de Variedades, adonde yo fuí á parar, no podían empezar la función porque Mario trabajaba en el primer acto... ¡Qué conflicto! El público pateaba, D. Julián estaba rabioso; dieron las nueve y hubo que variar la función... Mario apareció pálido y descompuesto á las once y media, hora en que el capitán se acostaba.

—¿Dónde ha estado usted? gritó el gran don Julián.

—Metido en un armario, respondió el joven artista, confundido...

Romea le perdonó, porque era hombre enamorado como pocos.

¡Qué diferencia de aquel actor cómico incipiente, al *cura de Longueval,* tan respetable, tan amante de su mujer y de sus hijos!

El amor de su Emilia le cambió el carácter. Ya hombre casado y en el seno de una familia encantadora, Mario ha sido un modelo de padres y esposos. Y al dar nuestros paseos solitarios por Atocha, lo mismo hace treinta años que ahora, recordábamos aquel desafío en que Mario expuso la vida por una futesa, aquellos estrenos de mis comedias que fueron batallas en las que defendió al autor y á la obra con heróico valor de artista...

Era muy devoto. Resucitó, restauró la cofradía de la Virgen de la Novena, á quien rinden culto los actores españoles desde los tiempos de Prado y de la Jusepa Vaca. Tenía verdadera idolatría por los autores cómicos de la generación anterior, y para él Moratín y Bretón de los Herreros eran los santos de su artista devoción.

Creó un teatro de la Comedia, y gracias á él, una generación de autores y actores modernos han dado á la escena española mucha gloria. Él probó lo que pudiera probarse ahora también: esto es, que con una modesta compañia de desconocidos ó de medianías, se puede levantar un teatro. La Tubau, la Fernández, Emilia Ballesteros, la Morera, Aguirre, Sánchez de

León, Julianito Romea, no eran otra cosa que principiantes del género de dramático cuando Mario inauguró la Comedia. Y en un par de años bajo su dirección y estrenando treinta obras, se hicieron todos actores, y hoy son notabilidades. Allí comenzó también su vida artística María Guerrero.

La muerte de Mario será sentida en toda España, porque á todos los teatros de la nación llevó las obras de su repertorio, y en todas partes hizo teatro decente, teatro honrado. Con más amplitud de miras que los demás empresarios madrileños, descubrió dos obras popularísimas, *La Dolores* y el *Juan José,* que había peregrinado por varios teatros.

En el seno de su familia y en el de sus amigos será siempre llorado, porque deja la triple reputación de gran artista, hombre de su familia, fiel amigo de sus amigos.

1899.

Antonio Vico.

SALIÓ de aquellas compañías que ya pudiéramos llamar *antiguas*, porque en este siglo se corre más deprisa que en otros. Fué en sus principios el cómico de provincias, traído y llevado, baqueteado por la necesidad y las exigencias de entonces, haciendo cada noche un drama distinto, en Valencia hoy, mañana en Zaragoza, este invierno en Alcoy, el verano en Cádiz.

Era un galán joven muy buen mozo, muy guapo, muy gracioso en la conversación, como lo es hoy todavía.

Popular entre los suyos, y aplaudidísimo del público.

Hizo, desde los veinte años hasta los cuarenta todos los galanes de las obras que tanto le gustaban á la generación de los frailes y de los milicianos nacionales.

Mucho de *Flor de un día* y de *Carlos II el Hechizado* y del *Zapatero y el Rey* y de *D. Juan Tenorio.*

Gustaban entonces los desplantes y las grandes tiradas de versos de las comedias de capa y espada. Esos parlamentos que duran un cuarto de hora y al fin de los cuales *inevitablemente* el público aplaudía. Pero á él le gustaba más en aquella primera época de su carrera escénica el género cómico. Hubiera sido un actor cómico á lo Fernando Ossorio. Pero el hombre no es más ni hace más que lo que las circunstancias quieren que sea.

Muchos años pasó rodando de teatro en teatro hasta que vino á Madrid, porque Madrid tenía tres grandes actores que no cedían ni podían ceder el puesto á nadie; Romea, Valero y Arjona.

Todo pasa, sólo Dios es eterno, decía Santa Teresa. Los dioses mayores de la escena fueron envejeciendo y había que reemplazarlos.

Vico era ya primer actor y director de compañía cuando comenzó en Madrid á declinar el sol de aquellas celebridades.

Antes que él, vino Rafael Calvo, hijo de un gran actor, y cómico que resucitó en la villa y corte la afición del público á las obras clásicas.

Calvo y Vico eran en España los dos jóvenes que debían un día suceder á los maestros ya viejos ó muertos.

Calvo se adelantó. Fué el Bautista, y el Cristo fué Vico.

Y así que llegó á Madrid y comenzó á darse á conocer, del actor que el público había oído siempre con gusto y recibido con aplauso, Madrid hizo un actor á quien le bastaron dos ó tres representaciones para conquistar á los madrileños. La consagración de Madrid es la que corona la carrera de un artista con verdadero talento: y Vico tiene más que talento: es genial.

¡Cómo hizo *García del Castañar, El Cid*, de Fernández y González! Los días brillantes de Valero volvieron á lucir, y el arte de la escena salió de orfandad. A los tres meses de residencia en Madrid, Vico era popularísimo; se repetían sus frases, se estudiaban sus arranques de pasión, esos momentos de genio en los cuales se transfigura y saca efectos grandiosos aun allí donde el autor no había pensado que los hubiera.

Ayala le confió su *Consuelo*, y la noche del estreno hubo tanta gloria para Vico como para el gran autor, porque hizo detalles tan inesperados y tan hermosos, que le dió á la obra, en momentos dados, más valor aún del que tenía.

No se había visto nunca *La vida es sueño* hasta que él la representó. Hizo un *Tenorio* único, suyo, nuevo. Zorrilla me decía: «Calvo lo canta y Vico lo encanta.»

Y luego, cuando quiso que se conocieran todas sus aptitudes, representó comedias urbanas, se nos presentó en papeles de gracioso, y en *El padre de la criatura* y *Jugar al escondite*, que yo escribí expresamente para él, el salvaje Segismundo de la obra inmortal pasó á ser el tipo cómico que sólo con moverse hacía brotar la risa de todos los labios.

Facilísimo en estudiar, y aun más fácil en apoderarse del carácter de un personaje sin necesidad de que el autor se lo explique, parece que adivina la interpretación. Y en el arte de arrancar lágrimas al público ó de levantarle del asiento con una sola frase, no ha habido después de Romea y Valero quien le iguale.

En todos los teatros de Madrid ha tenido el primer puesto, y en todos ha acudido el público á verle, porque hay entre el público y él verdadera *intimidad*.

No hace mucho que, prendado del papel de *Juan José*, vino expresamente á representarlo, después de llevar la obra cientos de representaciones, y durante un mes tuvo el teatro lleno y le sacó al papel doble partido. Aquel último acto hecho por él no se olvidará nunca.

Artista hasta la médula de los huesos, este actor único podría ser millonario si su carácter no se opusiera á ello; ¡Contar! ¿Hay algún gran artista que sepa contar? Y él menos que ninguno. Para él los duros, las onzas, no son onzas

ni duros; son fichas, una cosa que se gana hablando y que se gasta después. ¿Se acabaron? ¡Vengan más fichas! ¡Y sale de Madrid y se va á Barcelona y de allí á América, y en todas partes le colman de aplausos y de dinero y siempre nesesita dinero!

No es para él. Pero tiene un corazón muy grande, una familia numerosísima, quiere que todos los que le rodean vivan dichosos, no carezcan de nada, y parientes, amigos, conocidos, son familia para él, y como el cura del Pilar de la Horadada

¡como todo lo dá, no tiene nada!

Su manera de entender la administración es singularísima. Se va á ganar miles de duros á América y tiene que dejar aquí aquellos séres adorados para quienes vive y de cuya felicidad es dichoso esclavo. Le da pereza escribir, y además sus cartas llegarán á Madrid muy tarde... ¿Pues para qué sirve el cable? y Vico lo usa casi á diario y cada cablegrama le cuesta setenta ú ochenta duros. ¿Se le pone malo un actor? Le paga el médico, el tiempo que está enfermo, lo necesario y lo supérfluo. Llega á Madrid, cuenta con más gracia que todos los escritores festivos, sus aventuras ultramarinas, sus viajes, sus éxitos y sus mareos. Pero para contarlo bien lo cuenta comiendo... ¡y todo el mundo

á la mesa! Entre hijos y ahijados y amigos treinta cubiertos. A tal hijo le gusta tal cosa. ¡Que la compren! á tal otro no le gusta tai vino, ¡otro enseguida! No hay hombre que no haya querido más á los suyos que este artista, cuyo destino es trabajar sin reposo hasta que se muera por dar gusto á todo el mundo.

No hace mucho me escribía desde Jerez una carta en versos facilísimos, llena de tiernas intimidades.

«El negocio no va bien; escríbeme enseguida uno, dos, tres ó cuatro monólogos, porque he resuelto hacérmelo todo yo solo!»

Español como pocos y patriota ferveviente, cuando ha tenido que hacer obras traducidas del francés, ha pasado muy malos ratos, porqne su género no es ese.

Vico detesta todo lo que es extranjero. Quiso ver París, pensó pasar quince días y se volvió á los ocho. Como el poeta Zorrilla, á quien tan admirablemente interpreta, todo lo que no es español le repugna. «Qué lengua! decía al volver de Francia. ¡En esa lengua no se pueden decir cosas de Calderón y de Zorrilla!»

*
* *

Ya se ha dicho cuanto hay que decir de este ilustre muerto. En ocho días, los periódicos han agotado los adjetivos, los lamentos, los comentarios y los datos biográficos.

¡Pobre Vico! Así han empezado su crónica fúnebre cien ó doscientos periodistas en toda España.

¿Pobre Vico? ¡Quién sabe!

Pobre, porque ha muerto sin dinero; por lo demás..... acaso su felicidad comienza ahora.

Sí, ahora es cuando descansa; porque, en verdad, su vida fué tan agitada, que acaso no haya otra parecida.

Siempre trabajando, siempre corriendo mundo, siempre envuelto en la sombra del escenario durante el día, interpretando las obras por las noches, y constantemente ganando mucho dinero, y constantemente necesitándolo.

Calculando muy por bajo, puédese afirmar que en cuarenta años, Vico ha ganado dos millones de pesetas.

¿Y para qué? Para morir pobrísimo y no dejar nada á sus hijos. Su caso no es nuevo ni único. Podría citar otros muchos. Los artistas son así; para ellos el dinero no tiene valor; lo ganan y lo gastan. Sus viudas son las que suelen pagarlo. Viuda de Becker, viuda de Zorrilla, viuda de Villergas, viuda de Tamberlik, viuda de Gaztambide, viuda de Fernández y González...... Algún día haré un trabajo sobre esto.

Familias de hombres célebres españoles, todos en la miseria. Antonio Vico vivió para crear papeles y enriquecer á los empresarios; para dar cuanto tenía á los suyos con ese equivocado criterio que tenemos todos, y consiste en ser felices viendo felices á los hijos *hoy*, sin acordarnos de que hemos de morir mañana.

El comerciante, el industrial, el hombre ordenado, *guardan*; el escritor, el actor, el músico, el poeta, gastan. Durante su vida, no niegan nada; á la hora de su muerte, se perdió todo.

No hace quince días que le llevaron á Vico á la cabecera de la cama una corona con setenta centenes de oro. Al llegar su cadáver á Nuevitas ha tenido que enterrarlo Díaz de Mendoza.

¡Qué existencia tan gloriosa, qué actor tan grande, qué reputación tan legítima, y qué fin tan triste!

¡Pobre Vico! dicen los periódicos.

¡Feliz él! digo yo; porque conocí su modo de ser, le ví en la intimidad, en labor incesante, buscando siempre los miles de pesetas, ganándolas cuando quería, empleándolas en bien de todos, derrochándolas para la felicidad ajena, y sin acordarse de que también la potencia intelectual se acaba, de que la vejez no perdona á nadie, y llega un día en que hay que pensar en el dinero que se apartó.

¡Apartar dinero un hombre de teatro!

Eso no se ha visto nunca, y no podía ser él la excepción.

—¿Qué será esto, me decía dos años há, que en cuanto cambio un billete de mil pesetas desaparece?

Todo el secreto de la vida, le decía yo, consiste en eso. Los billetes ó se cambian ó se guardan. Pero ni tú ni yo tenemos donde guardarlos.

Su terror del mar parecía una predestinación, porque no ha nacido quien sintiera espanto parecido al suyo en cuanto se veía embarcado; la travesía era para él una verdadera enfermedad.....

Y en el mar ha muerto; y ha sido milagro que no haya sido arrojado al agua. Dos ó tres días más de navegación, y hubiera caído al fondo del mar á presencia de los pasajeros.

Casi hubiera sido mejor que el entierro en un país que ya no es nuestro: en tierra conquistada.....

Todas las desdichas á última hora; pero al fin descansa, y para él hizo Becker sus versos:

«¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!»

Marzo 1902.

Julián Romea.

He leído que en el Conservatorio se prepara una función en honor del gran actor español que llena toda una época. Esta es la ocasión para que yo escriba sobre Julián Romea algunas cuartillas.

Se ha escrito y hablado mucho sobre su mérito extraordinario, su genio artístico, sus condiciones personales, en públicos elogios, discursos y poesías. De su vida íntima no se ha publicado gran cosa, y la forma anecdótica de los trabajos periodísticos modernos pudieran tener gran aplicación tratándose de un artista cuyo vacío no se ha llenado aún, y cuya vida fué tan interesante.

Conocí á Julián Romea el año de 62, y en circunstancias muy especiales. Éramos parientes lejanos. Su primo carnal Mariano, tío mío; su otro primo Gregorio, el magistrado, y otro aún, Ramón, el pintor escenógrafo, personas de mi mayor intimidad. Venía yo á Madrid á buscar fortuna, muerto y arruinado mi padre, y habiendo pasado de rico á pobre en cuarenta y ocho horas. Los primos de Julián se encargaron de buscarme maneras de comenzar mi campaña. Traía de mi país una comedia que á mí me parecía, como á todo principiante, muy buena, y los primos me dieron una carta de recomendación para el gran actor, que entonces era el Rey de la escena española é infundía un respeto extraordinario á todo el que vivía de las letras.

Julián Romea dirigía, por aquel entonces el teatro de Variedades. El público, distraído en la zarzuela y otros géneros ligeros y más populares, no acudiera como debiera al diminuto teatro; las entradas eran muy flojas, pero los concurrentes asiduos eran muy notables. La Duquesa de Medinaceli, grande amiga del eminente artista; la Duquesa de Hijar, los académicos y los literatos de distinción se complacían en ver al gran actor hacer el repertorio de Moratín, las comedias de Bretón de los Herreros, las obras que de vez en cuando le daban Eguilaz ó Larra, únicos autores que le fueron fieles hasta

la muerte, pues los demás le abandonaron para dedicarse al género que producía más dinero que gloria.

Allí fué donde vi á Romea antes de conocerle personalmente, y pude enterarme de su extraordinario mérito y del culto que se le rendía por sus admiradores. Rodeado de una compañía muy notable, en la que figuraban su hermano Florencio, la Berrobianco, Mariano Fernández, la Hijosa, Morales, Oltra y otros varios artistas que le consideraban como al jefe de una familia amorosamente unida, D. Julián, como se le llamaba siempre, era un Dios para ellos. Allí comenzaba entonces su carrera Emilio Mario, que hacía ya de una menera deliciosa los papeles de galán cómico y los sainetes clásicos.

A dos ó tres personas á quienes conté mi proyecto de leer mi comedia al gran artista, les dió risa mi pretensión. En primer lugar, D. Julián, ya muy quebrantado por su enfermedad, no leía nada; en segundo lugar, no iba yo á pasar delante de muchos autores acreditados que esperaban su turno; en tercer lugar, no era fácil verle..... Y todo esto, y el asombro que me produjo como artista, me infundió tal miedo, que al tirar de la campanilla de su casa de la calle de Lope de Vega, puedo asegurar que casi me temblaban manos y piernas.

Me anunciaron y pasé al despacho del grande hombre.

Vivía como un gran señor; revelábase en su casa el buen gusto y el amor á la fastuosidad. Junto al mobiliario lujoso veíanse los cuadros y los objetos de arte. En su persona, conversación y modales, se adivinaba al aristócrata dedicado á la escena. Aquella fisonomía tan inteligente, que desprovista de barba recordaba los bustos antiguos de los Césares, imponía con la serenidad dulce de la mirada. ...

—Siéntese usted, joven.

—Y me senté, y alargué las cartas de los primos.

Estaba en un buen momento. Había almorzado á gusto y se sentía mejor de sus dolencias. ¿La recomendación de la familia, mi timidez simpática le hicieron efecto? No lo sé; pero después de leer las cartas y de unos momentos de silencio, dijo:

—Vaya, hombre, lea usted.

Si me hubieran dicho que acababa de heredar diez millones no me habría sentido satisfacción igual. Tembloroso de emoción y casi balbuceando leí los cuatro mortales actos en prosa, que oyó sin dar opinión alguna. Cuando acabé me dijo:

— Vaya usted al teatro y digale á Serrano que mande hacer las copias y sacar la comedia de papeles.

Yo creía soñar. Torpemente y sin atreverme

á mirarie á la cara le dí las gracias y fuí á hacer lo que me mandó.

A los diez días se estrenó la comedia...

Fué un fiasco completo; pero no ruidoso, ni insolente, ni de esos en que el público se complace en vengarse del autor que le ha dado chasco, no; el fracaso fué, si se me permite la frase, *fúnebre*. El escaso público que acudió al estreno oyó la comedia como se oye la misa de difuntos de un conocido.

En estos casos suele convertirse el teatro por dentro en casa donde hay alguien de cuerpo presente. El cuarto del primer actor refleja la tristeza que ha producido en la compañía y en la empresa el fracaso, que no suele perdonársele al autor. «Don Julián», como le llamaban de telón adentro, estaba sentado en una butaca, teniendo detrás, á manera de maceros femeninos, á la Berrobianco y á la Espejo, dos actrices de su teatro que se ocupaban constantemente de su persona.

Repartidos en las pocas sillas del cuartc y sin decir una palabra había hasta media docena de literatos y amigos del primer actor. Diego Luque, Mozo de Rosales, Picón y otros varios. El «autor» de la compañía que ahora llamamos «representante», me dejó paso y dí las buenas noches, como en equivalencia de pedir perdón.

—Bu.nas noches—dijo Romea chupando un cigarro.

Después continuó el silencio hasta que el representante se atrevió á preguntar:

—¿Qué se hace mañana?

Y D. Julián, tras una larga pausa, respondió:

—La misma.

¡La misma! Ni sus tertulianos ni yo creíamos haber oído bien.

Yo, sin embargo, le agradecí tanto aquellas dos palabras, que se me asomaron las lágrimas á los ojos, y por no hacer mala figura levanté la cortina de la puerta y me deslicé, más bien que me fuí, sin despedirme de nadie.

A la noche siguiente se hizo la comedia ante un público de cien personas. Caía el telón al final de cada acto haciendo lúgubre ruido y levantando una raya de polvo; y D. Julián, caminando hacia su cuarto, apoyado en su muleta y mirándome con cierto aire de compasión, decía adelantando el labio inferior y encogiéndose de hombros:

—Pues... no les gusta.

—¡Qué había de gustarles! Ni á ellos, ni á los 50 espectadores del tercer día, ni á los 20 del cuarto, ni del quinto, ¡porque la obra... se hizo cinco días!

¿Por qué?

Porque le gustaba á él; y se olvidaba de que era empresario y de que cada noche mi desdichada comedia le costaba tres ó cuatro mil reales; y al dar la orden de que ya no se hiciera

más, volviéndose hacia mí, que ya le había tomado cariño de padre, decía con gran convicción:

—¡Le advierto á usted... que á mí sigue gustándome la comedia!

—¡Bastante haremos con eso!—exclamé. Y él entonces:

—Hagamos ó no hagamos, no se le olvide á usted una cosa si continúa escribiendo para el teatro.

—¿Qué?

—¡Que... (y miró á todos lados para ver si estábamos solos) que el público no es sanción!

Altivo, convencido de su criterio, hombre acostumbrado á la batalla diaria de la escena, lo que defendía como empresario y actor, lo condenaba toda vez como artista. Pronto debía yo recordar la exactitud de su afirmación. Algún tiempo después llenaba el público aquel mismo teatro de Variedades que Romea tuvo que abandonar porque el público no acudía á él; y lo llevaba para oír un disparate mío que se hizo cien noches y adquirió gran popularidad, con el título de *El joven Telémaco*, parodia con música hecha de prisa y corriendo, y con todos los defectos que hacen falta para que el vulgo se divierta. Una noche entró un abonado en el escenario y nos dijo que Julián Romea estaba en un palco.

¡Romea allí! También él venía á reir con el

llamado género bufo, que como la República federal, nadie sabe lo que ha sido, ni porqué ha tenido secuaces. Salí corriendo y fuí á saludar á mi paternal amigo.

—¡Ah, D. Julián! ¿Qué dirá usted de mí?...

—Que he reído de muy buena gana.

—Ya; pero esto no es literatura; y, sin embargo, ya ve usted, el teatro se llena...

Y poniéndome la mano sobre el hombro, exclamó:

—¿Pues no le dije á usted un año há que el público no es sanción?

Con esta frase ha pintado Romea toda una época, ya de extravagancias cómicas ó dramáticas, ora de disparates á la francesa ó de aberraciones á la española, que todas desaparecerán sin dejar rastro alguno; aquello que todos hemos hecho dentro de los límites de lo humano, aquello quedará para nuestros nietos, mientras que los grandes éxitos de hoy hechos á la violencia ó á la extrafalaria, no dejarán el menor recuerdo. No, el público no es sanción; y del mismo modo que en la política hoy aplaude al que le predica disparates y mañana condena al que le llama á la razón, y tan pronto guillotina á María Antonieta como arrastra á Riego, escupiéndolo al rostro, en el mundo de las artes y de las letras se va tras del que le deslumbra y le arrastra luego. Romea tenía razón, y por eso

no se le ayudó en su tiempo, porque pensaba por adelantado.

¡Quien pudiera recordar las mil disenciones que conmigo tuvo en aquel saloncillo del teatro Español y en aquel mismo espacio de terreno donde hoy se viste Vico, en el año en que, unido con Valero, dió las últimas pruebas de su genio escénico. Era intransigente en sus opiniones, y de realista en el arte no tenía nada, siendo, sin embargo, el actor más real que han aplaudido los tiempos modernos. Convencido de su mérito, una de aquellas discusiones me costó una larga interrupción en nuestra amistad. Le ofendí con la verdad, como me ha sucedido con muchos.

—El actor crea una obra—decía.

—No, señor, no; el actor crea un papel, pero la obra es independiente de él y está por cima de él.

—¿Negará usted que yo he creado el *Súllivan?*

—Le diré á usted que se lo he visto hacer en Segovia á un cómico de la legua, y en las mismas escenas en que le aplauden á usted le aplaudían á él.

Me miró de arriba abajo, y me volvió la espalda.

Hasta dos meses antes de su muerte no quiso ni oir hablar de mí. Una de mis comedias, que luego hizo Catalia y que él hubiera hecho

admirablemente, como deseaba, me la devolvió sin carta ni recado alguno por medio de un criado. Parientes y amigos hicieron lo posible para que me perdonara, pues yo estaba dispuesto á pedirle perdón; no quiso atender á razones.

Un día, al entrar en su casa, no para verle á él sino á otro inquilino, ví que le bajaban sentado en una silla entre dos criados.

Me arrimé á la pared para dejar pasar aquel cuerpo presente vivo.

—Paren ustedes — dijo. Y volviéndose hacia mí:

—Hola, joven.

Balbuceé algunas palabras corteses, y él dijo:

—Lo que es ahora cualquier cómico de la legua creará obras mejor que yo, ¿verdad?

Le pedí mil perdones y ayudé á los mozos á bajar la silla. Desde entonces, hasta pocos días antes de morir, no dejé de verle. Toda aquella corta temporada la pasamos en discutir sobre *La muerte de César*.

Había escrito un folleto que me regaló dedicado, defendiéndose de los ataques de que fué objeto al interpretar el personaje con sobrada naturalidad.

César era un hombre como los demás—exclamaba,—y no había de estar siempre en escena. Yo he hecho este papel chocando con el gusto

del público, que exige grandes desplantes en los personajes históricos...

Y se entusiasmaba hasta ponerse peor de lo que estaba. Yo no quería contradecirle en nada, y esto le exaperaba más; y con aquel orgullo grandioso que tenía exclamaba:

—Le advierto á usted que le estoy hablando como si hubiera usted hecho grandes cosas, y no ha hecho usted ninguna todavía.

—Pues, entonces, D. Julián, ¿de qué le sirve á usted la opinión de un principiante?

—¡No volvamos á reñir, porque me voy á morir pronto y no quiero dejar cuentas pendientes!

Gran corazón, y gran gusto literario á la vez, no podía desistir sin *echarlo todo fuera,* come decía. Derrochador sin igual, para él no tenía valor el dinero. Vivía como un Príncipe, daba y gastaba, y á veces, después de regalar 1.000 pesetas, no podía pagar una deuda de 50. Las anécdotas de su vida llenarían volúmenes. Le gustaba, como á Castelar, solemnizar todas las grandes festividades. El día de Todos los Santos reunía á las doce de la noche á todos los actores de su compañía en el escenario, y allí presidía la *Buñolada artística* el que al día siguiente era el mejor adorno de los salones de la Duquesa de Medinaceli. La última vez que organizó una de estas veladas íntimas le acompañaban una docena de actrices y actores, que

de haber seguido mudos después de su muerte, habría evitado tal vez la decadencia de la escena patria. Pero muerto Julián Romea, se acabó con él el teatro contemporáneo.

1887.

Emilio Arrieta.

QUIEN me lo dijera, que al llegar al seno de mis amigos, que en medio de tantas alegrías había de asistir al entierro de Arrieta!

Es como haber perdido un individuo de mi familia, un pariente intelectual, un hermano de letras. Veintiocho años hace que trabajábamos ya juntos. Yo le pasaba mis versos y él hacía la música, y ensayaba por mí mientras yo dormía.

Y en aquel cuarto tercero de la calle de Cervantes, donde mi santa madre velaba mi sueño esperando al *maestro*, se hicieron zarzuelas, y operetas, y tangos, y jotas que luego han cantado por esos mundos los artistas y las estudiantinas.

Por aquel entonces, preparaba Ayala su tragedia de la revolución, y poco después le teníamos de ministro y comíamos todos juntos en esa

misma casa de la calle de San Quintín, donde Arrieta ha muerto, precisamente en la cama donde Ayala murió.

El comedorcito servía de reposo al ministro, después de las fatigas de la política. Solíamos comer allí Moreno Nieto, Barrantes, Cisneros, Angel Avilés, yo..... El maestro Arrieta hacía el *menú* y aderezaba la ensalada, por que en eso de aderezar ensaladas era tan fuerte como en hacer música. Envuelto en su gran bata, frotándose las manos de gusto, hablaba y comía, decía chistes y pedía escenas. Un proverbio antiguo dice: *Mi olla, mi misa, y mi Doña Luisa.* Arrieta decía ó debía decir, mi música, mis versos y mi D. Adelardo. Gran corazón, navarro puro, entusiasta, niño de carácter y relleno de convicciones.

Hacer una biografía de este español ilustre, no tendría gracia; pero, en fin, bueno es que se sepa que era de Puente la Reina y que nos peleábamos sobre San Fermín y la Virgen del Pilar, y que él decía que antes que Navarro nadie, y que yo le escribía en la cubierta de un acto, enviado deprisa y corriendo, aquello de:

Navarrito, navarrito,
no seas tan fanfarrón,
que los cuartos de Navarra
no pasan en Aragón.

Y era tan literato y tan poeta como músico, y respondía con coplas suyas.

¿Quien se acuerda ya de que Arrieta fué uno de los principales redactores del Padre Cobos? De liberal tenía poco, pero no lo declaraba porque no le pegasen—decía él en los tiempos revolucionarios.

¡Ya se ve! Acostumbrado al efecto de la reina Isabel, que tanto le protegió en los principios de su carrera, guardaba la querencia de la casa grande. Allí se estrenó su *Ildegonda*, porque Arrieta fué de los primeros que hicieron en España ópera nacional, esto es preciso que no se olvide. Después, con el favor de la corte, pasó al periodismo con Selgas y Ayala y Suárez Bravo y Villoslada, pero siempre sin que se supiera por qué quería ser para el público músico y nada más. Sus primeras obras no tuvieron gran éxito, y sirva esto de consuelo y de esperanza á los que comienzan la vida del teatro. *Marina* no gustó cuando se estrenó en Madrid, pero lo mismo le había sucedido á Rossini con el *Barbero*, y más tarde á Bizet con la *Carmen*. No hay que alarmarse nunca y es preciso seguir un camino sin reparar en los malos pasos.

Un repertorio de obras nacionales larguísimo, una sucesión de éxitos y una constancia admirable en el trabajo, han caracterizado á este compositor ilustre. Ha sido personalísimo siempre que *le sonaba la cabeza*, como decía Ayala. Sus aires populares de *Llamada y tropa*, *El capitán negrero*, *El Grumete*, *Marina*, *Los novios de Te-*

ruel, no pueden morir. *Non omnis moriar* como decía otro.

Célebres han sido sus frases, chistes y humoradas. De él es aquélla lanzada en la mar yendo de viaje con Zapata:

—D. Emilio—decía el poeta, pálido como la muerte—yo no tengo ya más que echar.....

Y el maestro respondía:

—No me diga usted nada; yo acabo de echar el segundo apellido. No tuvo más pensamiento que el de ser grato al público, y cuando tocaba su música al piano se le caía la baba. Era elegante como ninguno; su música tiene ante todo, y aparte de la originalidad, una gran distinción. Del cerebro de aquel navarro fuerte y fornido, brotaban notas que parecían aristocráticas, porque hasta en la música hay ordinario y fino. Verdad es que á él le gustaba mucho todo lo que era *señorío*. Acabó por ser el músico de todos los gobiernos y se le dió el Conservatorio, como si fuera una recompensa nacional. Allí ha pasado sus veinte años, entrando muy temprano y ocupándose de todo y todos. Era madrugador, cosa rara en España, y no era wagnerista, cosa rara en Europa. Sencillo como pocos, se complacía, después de pasar su invierno artístico y aristocrático de Madrid, en jugar un *mus* en San Sebastián, en el café de la Marina, con Sarasate, Gayarre, y Frascuelo. Nadaba como un pez, y se iba mar adentro como por su casa.

Colmado de honores, respetado de todos, lleno de cruces y calvarios, llegó á la vejez sin haber pasado por el matrimonio.

—Pero maestro—le decía mi madre—¿por qué no se casa usted?

—Doña Rosa, ¡no tengo tiempo!

Vivíamos tan unidos, que desde el 66 al 74 nos vimos todos los días. Con Balart, Mario, Navarrete, Gisbert y Adelardo, asistió á mi boda; y mientras el cura de San Sebastián me echaba el díscurso de rúbrica en tales casos, Arrieta le decía al conde de Puñonrostro:

—¡Esta es música de otro costal y hay obra para años!

¡Qué amable carácter y qué corazón tan sano! La amistad fué el culto constante de su vida, y desde que se murió Ayala creyó que se quedaba sólo en el mundo. Si pudiera vernos á todos hoy por la mañana, se convencería de que aún le quedaban millares de amigos.

Han querido mis entrañables amigos de *El Liberal* que sea yo quien le dedique este último recuerdo. Mejor mil veces lo hubiera hecho Mariano de Cavia, pero he cedido porque soy más viejo. ¡Qué pocos vamos quedando ya de aquellos amigos de hace medio siglo! ¡Afortunadamente, los que nos suceden saben amar y admirar, y llorar á los que, como Arrieta, llenaron su tiempo!

1894

Núñez de Arce.

Muertos Zorrilla, Ayala y García Gutiérrez, el público, siempre ansioso de un poeta nacional de acentos viriles, ha proclamado sucesor de aquéllos, años há, con sobrada razón, al poeta de *Los gritos del combate*, porque es el que sostiene y da vida todavía á la nota española.

Poeta correctísimo en la forma, *rara avis*, porque los grandes poetas no han solido ser generalmente muy correctos. La inspiración no se para en barras. Y aun aquellos que hoy en las aulas y en los libros de crítica se consideran y veneran como clásicos, fueron incorrectos en su tiempo, solamente que sus incorrecciones de entonces son leyes ahora. Y así será siempre.

Núñez de Arce ha sabido compadecer la inspiración con la forma más culta y correcta posible. No le cogerá ningún crítico trapero ningún

gazapo; porque hay críticos traperos que en vez de complacerse en hallar bellezas en las obras que ellos no son capaces de hacer, tienen singular complacencia en ir rebuscando con el gancho todo lo que no sirve.

Grandes ideas de libertad y de progreso puestas en verso; fantasías de soñador de grandes ideales; y todo ello vestido con galas de lenguaje castizo y más castellano que ninguno y que recuerdan á cada momento las cosas grandes de Boscán, de Rioja y Fernando de Herrera.

Fué liberal desde sus mocedades y compañero de los Carlos Rubio, Calvo Asensio, Sagasta, Rivero y este modesto servidor de ustedes. Nació á la vida pública con la revolución del cincuenta y cuatro, y estuvo en la guerra de Africa y cantó glorias nacionales, y después hizo dramas y comedias y versos y versos con más ó menos éxito; pero hasta aquella noche, célebre en su vida, en que leyó el *Idilio* en el Ateneo de Madrid, no recibió la consagración de poeta nacional en grande. Desde aquel día tuvimos Papa, quiero decir que el lirismo contemporáneo, huérfano por ausencias, muertes y enfermedades de los maestros de la anterior generación, tuvo su jefe natural, sin perjuicio de que Campoamor fuese y siga siendo el verbo, y como dijo San Juan, «en el principio, ya era el verbo.»

Después del *Idilio*, Núñez de Arce entró de

lleno en la gloria que se logra en vida; porque hay dos glorias: la que el poeta no ve, puesto que se la dan después de muerto, y la que respira y toca de cerca y se traduce, como en la persona de Núñez de Arce, en honores, banquetes, presidencias de Ateneos y sociedades, títulos de calles y adjetivos á millones en los periódicos. Cuál sea la mejor y la más aquilatada y pura, no lo sé yo, ni es fácil ni cómodo discutirlo; pero gloria es todo, y Núñez de Arce ha conseguido la mejor para el que guste de honores y de mundanas vanidades.

Sus libros, que se venden como pan bendito, suponiendo que el pan bendido se venda tanto como dicen, han logrado popularidad inmensa en España y América sin ser populares, es decir, que sin ser de esos que todo el mundo entiende en seguida y sin halagar pasiones de muchos, han sido leídos por la generación actual con entusiasmo. No diré que los versos de este poeta sean de esos que se graban para siempre en la memoria del pueblo y quedan á manera de proverbios; pero en cambio se leen con verdadero placer en la soledad, en el rincón del fuego, en los momentos de desaliento ó de tristeza. Son enérgicos, son contundentes; no brillan por la ternura, sino por la energía. Quien no conozca al poeta, se lo figurará grande, robusto, vigoroso, algo así como un gigante con una maza en la mano. Y no hay nada de eso.

Núñez de Arce es un hombre bajito, delgadito, con unos ojillos vivos y de mirada escrutadora; la barba, que fué rubia, entrecanosa; es muy nervioso, facilísimo de exasperar, porque es de aquellos que, según la expresión vulgar, no aguantan ancas de nadie.

Su talento no hay que ponderarlo, porque en España tiene talento todo el mundo. Lo raro es tener eso que se llama genio y dominar sobre la muchedumbre de escritores y artistas que hay en nuestro país en más abundancia que los árboles. Que á fe si tuviéramos en esta España de hoy tantos ingenios de azúcar como ingenios literarios anuncian los periódicos, poco importaría que se perdiera la isla de Cuba.

Es Núñez de Arce antes que nada poeta lírico, aunque ha hecho dramas y todos ellos muy sombríos, porque le gustan los asuntos dramáticos que alguien llamaría *hondos*. Aquel *Haz de leña* es uno de ellos.

Fué periodista como todos nosotros, allá en sus juventudes, y periodista revolucionario. Parece ser que la edad calma estas cosas, por más que yo no he notado nada. Nuestro D. Gaspar no ha concluído en conservador como tantos otros, pero ha sido ya ministro del rey, y en honor de la verdad los buenos amigos le han aconsejado que no vuelva á serlo, porque los hombres de letras no son á propósito para la vida oficial; pero ellos se empeñan en que sí, y

de vez en cuando aparecen en la vida oficial con una cartera, de la que no sacan nada, ni dejan nada en ella.

Nuestras revoluciones políticas y literarias exigían un representante del lirismo moderno, el poeta de la libertad, término medio entre el candor de Dios y el de la anarquía, y Núñez de Arce fué ése.

Juraría yo que los éxitos de sus libros y de sus lecturas le satisfacen más que los de la política; y, sin embargo, ahora me le han nombrado director del Banco Hipotecario, de lo cual me alegro como amigo tan viejo de nuestro poeta; ¡pero un poeta al frente de un Banco! Esto hace recordar aquella frase de una comedia popular: «Un negro en la cocina es una porquería.»

Se le tacha á veces de malhumorado y desabrido; pero si no lo fuera, perdería su fisonomía moral. Yo le prefiero así, tronando siempre contra una porción de cosas que los demás tal vez dejamos pasar sin protesta; pero acaso su mismo carácter le ha servido para imponer su personalidad en muchas circunstancias políticas.

Es Núñez de Arce, á pesar de lo que creen los que le juzgan á la ligera, hombre afable y cariñoso en el trato particular, siempre que no se le contraríe en puntos de vista que él tiene por infalibles, sobre todo en literatura.

Artista por naturaleza, abomina del movimiento realista y naturalista, que es la expresión de nuestro tiempo egoísta y vicioso. Cuando se le habla de ello se exaspera, pero ya he dicho antes que se irrita fácilmente, y en esto lleva ventaja á los caracteres dulces y fríos, que son los peores.

Nunca fué rico, á pesar de haber luchado tanto con la vida y de haber transigido tal vez con lo que no le agradaba. Por ahí hemos pasado todos aquí donde las letras no dan para vivir sino haciendo industria de ellas. Le encanta la vida campestre, ama los viajes, conserva el amor de su tierra, y es castellano viejo; pero su amor ferviente, su envidia constante es la que todos vamos sintiendo en cuanto aparecen las primeras canas.

—¡Desegáñese usted, le decía un amigo, como la juventud no hay nada!

Sin embargo, los verdaderos poetas, Campoamor, García Gutiérrez, son jóvenes siempre.

Joven es, sus versos lo dicen; el que ha cantado aquello amores de las juventud con las hermosas palabras de

¡Cuántas veces, con sustos y congojas
entre las verdes hojas
crujir sentimos la insegura rama,
y antes de aprovecharnos del aviso
hallamos de improviso
lecho impensado en la mullida grama!;

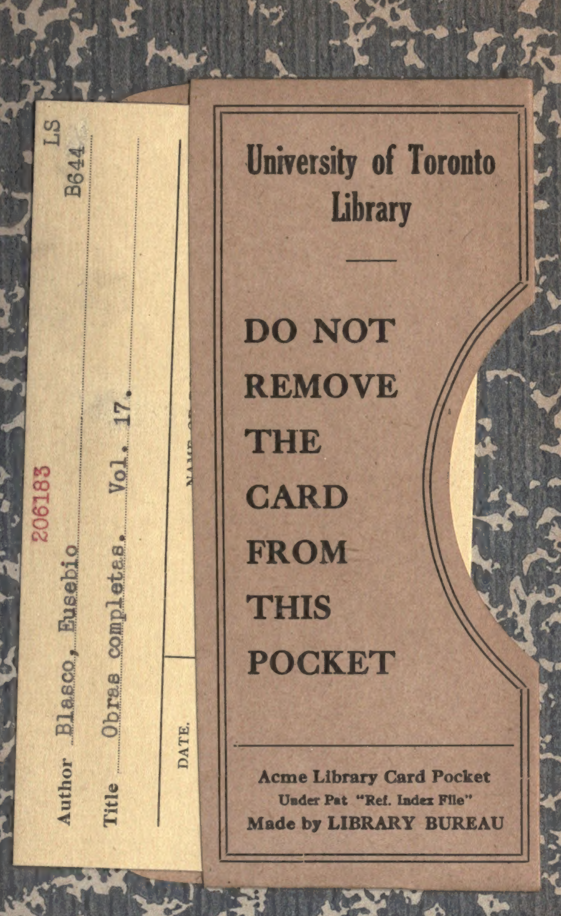
el que ha sentido el amor así, lo siente aún en el fondo de su alma, á pesar de las canas y de los expedientes llenos de cifras, préstamos é hipotecas, puede repetir aquello de *non omnis morir*, no moriré del todo.

1898

FIN DEL TOMO XVII

INDICE




LS
B644
206183
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol. 17.
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

